

LA ACADEMIA

SUPLEMENTO EXTRAORDINARIO DE NOCHE-BUENA,
DIA 24 DE DICIEMBRE DE 1877.

SUMARIO.

TEXTO.—Belen, por Juan de Dios Rada y Delgado.—Poesía: Cantares, por Ventura Ruiz Aguilera.—La Noche-Buena del marino, por Emilio Castelar.—Poesía: Jesús de Nazaret, por Antonio Arnao.—La Noche-Buena del soldado, por P. A. de Alarcon.—Poesía: Jesús dormido en la cruz, por Juan de Dios de la Rada y Delgado.—Iconística de la Natividad, por F. M. Tubino.—Mi Noche-Buena, por Antonio F. Grilo.—Un cánon de la primitiva iglesia española sobre las fiestas de Navidad, por Fidel Fita.—Poesía: La Noche-Buena del vicio, por Manuel del Palacio.—La Noche-Buena en Cataluña, por Victor Balaguer.
GRABADOS.—El niño Jesús, de Zurbarán.—Belen.—Templo de la Natividad en Belen.—Gruta de la Natividad en Belen.—Noche-Buena. Iconística de la Natividad.—La Natividad, por B. E. Murillo.—Ex-voto dedicado á Serapis.

BELÉN (1).

El 1.º de Setiembre salimos de la antigua Hierosolima para Belen, por la puerta que lleva el nombre de esta última poblacion y tambien el de Jafa, dirigiéndonos hácia el Sur, hácia cuyo lado se dilata, en una extension de poco más de dos le-

(1) Este artículo forma parte de la obra, *Viaje á Oriente de la fragata de guerra Arapiles y de la comision científica que llevó á su bordo*, que con tanto esmero y tanta fortuna publica la misma casa editorial propietaria de LA ACADEMIA.

guas, el camino que enlaza la cuna del Salvador con su sepulcro.

Componíamos la cabalgata, además de nuestros compañeros de comision, el comandante de la fragata y varios oficiales, que no quisieron pasar ante los Santos Lugares sin hacer tan conmovedora peregrinacion, y formaba tambien parte de ella la esposa del comandante, que piadosa, como buena española, recorrió con nosotros, sin dar la menor señal de cansancio, todos aquellos lugares inmortalizados por Jesucristo.

Al ponernos en marcha á las tres y media de la tarde, bajo el ardiente sol de Siria, apenas sentíamos sus abrasadores rayos, absorbo el espíritu en el mar de sublimes recuerdos y de conmovedores sentimientos, que la vista de tales sitios despierta en la memoria y en el corazon.—La esposa del comandante iba en *portantina* ó litera, conducida en dos mulos á usanza de la Edad Media, y nosotros la rodeábamos á manera de escolta de honor, guiándonos un amable é ilustrado religioso franciscano español, el P. Francisco, del convento de Jerusalem, sacerdote ejemplar y de ferviente celo, que montado en su mula, con la capucha echada atras, descubierta la venerable cabeza, sobre cuya calva frente

reverberaba el sol, con su franca y consoladora mirada, su tez curtida por la intemperie, su larga barba blanca y su rudo hábito, que en nada parecía molestarle á pesar de lo ardiente del clima, era el tipo acabado y perfecto del misionero católico, que puesta en Dios la mira y olvidándose del mundo y de sí mismo, piensa únicamente en la redencion de las almas, arrancándolas de las tinieblas de la barbarie, y abriéndoles los hermosos y fecundos caminos de la civilizacion cristiana en la tierra, y la vida de la inmortalidad en el cielo.

Más de una vez al mirarle delante de nosotros guiándonos por entre aquellas montañas, recordamos á Pedro el ermitaño, conduciendo á los cruzados, para la realizacion del más sublime pensamiento que surge como esplendente sol entre las tinieblas de la Edad Media, y nos dolía no haber nacido ocho siglos ántes, para haber formado parte de aquellos primeros guerreros de la cruz, de aquellos héroes de la cristiana Iliada, que, inmensamente más grande que la griega, no tenía por objeto miserables pasiones humanas, sino levantar la civilizacion de la cruz sobre la voluptuosa barbarie del Islamismo; decidir si la humanidad debía retroceder hasta la esclavitud, el despo-



EL NIÑO JESÚS, DE ZURBARÁN.

tismo y la poligamia, ó lanzarse libremente por el camino de la igualdad y del progreso: aquel poema en que combaten y se funden los caracteres más determinados, las aventuras más extraordinarias, en que resalta la más poética confusión dominada por la gran unidad del pensamiento cristiano, y que como digno complemento de su grandeza, había de encontrar su Homero en el sorrentino cantor de Armida.

Pero no hay para qué evocar recuerdos en aquellos lugares. Ellos mismos los están poniendo patentes á la memoria. Si de aquel antiguo camino que, como la mayor parte de las vías romanas, estaba pavimentado y cubierto de árboles, rosales y plantas olorosas hasta el punto de que Adrichomio lo comparase al paraíso (1) nada queda, en cambio no puede olvidarse al pisar su desigual superficie, que Jacob y David, los Magos, la Virgen, San José y el Salvador la recorrieron; no puede olvidarse al llegar al valle de Rafaim ó de los Gigantes, único paraje donde se encuentran algunos campos en las inmediaciones de Jerusalén (2), que allí levantaron sus tiendas los filisteos, y que allí los desbarató David, destruyendo sus ídolos (3); que unas ruinas y un algibe, que se encuentran á dos millas de la ciudad y á corto trecho del camino, ruinas á que dan todavía el nombre de *Torre de San Simeon*, fué la morada de Simeon, el justo; que un terebinto secular de aquel valle guarda la poética tradicion de haber descansado á su sombra la purísima Virgen cuando llevaba á Jesús para presentarlo en el templo, árbol que inclinó sus ramas ante aquel Niño, Señor de la Naturaleza; que al pié de una colina se encuentra el *pozo de los tres Reyes*, donde se apareció de nuevo la estrella á los Magos (4), colina sobre la cual levántase el monasterio griego de San Elías, con más aspecto de fortaleza que de santuario; y que al llegar á cierto paraje donde á la derecha del camino encuéntrase una peña sobre la cual se dice que el profeta Elías descansó, cuando huyendo de la persecucion de Jezabel se refugió en los desiertos de Judá (5), descúbrense por primera vez á Belen, al mismo tiempo que desde allí se alcanza á ver el Santo Sepulcro y el monte de los Olivos: el nacimiento y la muerte de Jesucristo, como hombre; su ascension como Dios.

Belen; la pequeña ciudad de Judá asentada en una altura y esparcida por la accidentada vertiente de una montaña, con sus cuevas divididas en mesetas, sus huertos de higueras y de olivos, sus casas blancas y con *terrados*, como los de mi inolvidable Almería, allá en las orillas opuestas del Mediterráneo. Allí está aquel pueblo con que soñé desde niño, y que, cosa extraña, no me pareció desconocido, porque su aspecto era el mismo de los tradicionales *Nacimientos* de mi católica patria. La tradicion ha conservado ese recuerdo á través de los siglos, y excepcion hecha de la choza ó establo al aire libre y con rotas columnas de grandioso y arruinado edificio, que en ellos ponen interpretando mal las sagradas letras, la ciudad que tengo ante mi vista es en realidad el *nacimiento* que mi bendita madre me ponía cuando niño, que yo pongo á mis hijos, y que plegue á Dios pongan ellos á mis nietos y á los hijos de sus hijos.

A la diestra del camino está el *sepulcro de Raquel*, junto al cual transcurridos más de setecientos años desde la muerte de la amorosa madre de Benjamin, Saul encontró á los enviados de su padre (6), sepulcro venerado y mencionado por San Gerónimo en el siglo IV; por San Arculfo en el VII; citado por el geógrafo árabe Edrisi en el XII, como monumento

conmemorativo de las tribus de Jacob; por Brocard y otros autores de la Edad Media; visitado constantemente así por cristianos como por judíos y musulmanes, y que hoy los turcos han coronado con una blanca cúpula.

Al ver en sus alrededores ruinas de poblacion antigua, mis aficiones arqueológicas quedaron oscurecidas ante el sentimiento de horror que me inspiraba el recuerdo de las palabras de Jeremías aplicadas por San Mateo: «Voz fué oída en Rama, lloro y mucho lamento; Raquel llorando sus hijos no quiso ser consolada porque no son:» porque aquella es Rama, no la ciudad, sino la *altura*, como tradujo San Gerónimo, donde se oyeron los desgarradores gritos de las madres de Belen, retorciéndose, locas de dolor, sobre los hermosos cuerpos de sus hijos, brutalmente degollados por los bárbaros sicarios de Herodes (1).

Belen surge ante mis ávidos ojos en medio de los horizontes de la Judea, como un sueño de la primavera de mi vida realizado al acercarse el otoño de mi existencia. Los ardientes rayos del sol de Oriente reflejan sobre sus desiguales casas, sobre sus pequeños huertos llenos de árboles y de frutas, como si quisiera justificar todavía el antiguo calificativo con que los hebreos la conocían, *Ephrata* ó la fértil, y su nombre mismo, aplicacion de igual pensamiento, *Beth-léjem*, casa de pan.

Y, sin embargo, aquella fertilidad, lo mismo ahora que en los tiempos bíblicos, no es debida toda á la naturaleza, sino á la industria del hombre. Por el natural declive de la montaña, las aguas torrenciales arrastrarían la tierra vegetal al fondo de los valles, si los belemitas no cuidaran de detenerlas con muros de piedra, tosca pero sólidamente contruidos, que nos recordaban las *paratas* de nuestras montañas granadinas, ó si no hiciesen á golpe de cincel pequeñas planicies, donde á mitad del flanco de la vertiente se detuviesen las tierras. Así obtienen el fruto del trabajo, viendo cubierta la enhiesta superficie de la montaña con huertos y campos que parecen suspendidos, y que con los ganados que trepan por las pintorescas sendas, completan el bellísimo conjunto de tan hermoso paisaje y el recuerdo de nuestros *Nacimientos*.

Poco ántes de llegar á la patria de Booz, nuevas y gratas emociones conmovieron mi corazón. Los habitantes de ella, léjos de ofrecernos las impasibles ó desdeñosas fisonomías de los musulmanes, nos miraban con cariñosa solicitud, y hermosas muchachas, con el rostro descubierto, nos ofrecían en limpios canastillos los frutos de sus huertos. Había desaparecido el seco y suspicaz carácter turco. Estábamos entre cristianos.

Porque de los 5.000 habitantes que componen la poblacion de Belen, 2.500 son católicos, 1.700 griegos cismáticos, 700 armenios y 15 protestantes; encontrándose apenas un centenar de musulmanes. Dedicados los unos á la agricultura y á la ganadería, otros se ocupan en labrar objetos de piadoso recuerdo, como capillitas, cruces, medallones, en olivo ó en nacar, sin alterar frecuentemente la forma de esta concha, que cubren por la parte exterior con relieves, cuyos asuntos religiosos no carecen de cierto encanto, conservando la ingenua tradicion del arte bizantino; lo cual no evita que á veces haya algunos de aquellos industriales, que propendan en estos relieves á una perfeccion más naturalista. No hay, sin embargo, que criticar su atraso á tan

(1) No creemos fuera de sazón reproducir á este propósito una cita hecha ántes de nosotros por un escritor católico. «Hasta los historiadores paganos han hablado de la degollacion de los inocentes ordenada por Herodes. Confundiendo Macrobio la muerte de Antipatro, hijo de Herodes, víctima también de la crueldad de su padre, con la degollacion de Belen, refiere, que *noticioso Augusto de que entre los niños menores de dos años que Herodes rey de los judíos había mandado degollar en Siria, se contaba también el hijo de este rey, dijo que más valiera ser cerdo de Herodes que hijo suyo.* (Macr., Saturn., II, 4.)

modestos artifices: no trabajan para el arte; trabajan para los peregrinos: no esculpen sus figuras pensando en la crítica; las graban para la piedad.

Al penetrar en las alegres calles de aquella poblacion cristiana, que parece una protesta en medio de todas las que la rodean habitadas por musulmanes, excitó profundamente mi curiosidad el traje de las mujeres del país, distinto de todos los que hasta entonces había encontrado en los dominios turcos. Visten una túnica que les llega á los piés sujeta á la cintura con una faja de colores, y llevan sobre el pecho, cubriéndolo todo, una especie de peto cuadrado, con flecos y labores, que recuerda el antiguo *Racional* de los sacerdotes hebreos. Encima visten una chaquetilla abierta y también bordada, que llega hasta poco más abajo de las caderas, con mangas que no pasan del codo, por bajo de las cuales se extienden las amplias y anchísimas de la túnica. Cubren la cabeza con un extraño tocado en forma de canastillo, rodeado de telas retorcidas y de monedas, las cuales también adornan el cordón con que lo sujetan debajo de la barba; y para salir, se colocan encima una toca ó *cufia* blanca, con franjas y adornos unas veces, lisas otras, que se sujetan igualmente bajo la barba, y que caen sobre los hombros, bajando hasta cerca de las corvas por la espalda. Frecuentemente, y como recuerdo del color consagrado á la Virgen, la túnica es azul.

Acerca de las monedas con que adornan aquella especie de turbante que llevan en la cabeza, nos dijeron en el país que representaban el dote de las doncellas; y éstas, en verdad, son las que más las usan, viéndose como simple adorno en las casadas. No sé si será esto cierto, pero lo consigno como allí mismo lo escuché.

Pero lo que principalmente atrae la atención del viajero en la histórica ciudad, es el venerado sitio donde nació el Salvador, que como ya indicamos, nada tiene de común con las chozas ó los atrios de edificios arruinados, en que la mayor parte de los artistas han colocado esta primera escena del inmenso drama de nuestra Redencion. En Oriente, á falta de fondas ó posadas como en Europa, existen en los caminos y á la entrada de las poblaciones una especie de refugios abiertos para todos los viajeros, conocidos con el nombre de *Caravansail*, ó asilos para las caravanas, donde por lo ménos, se encuentra abrigo contra la intemperie, y á veces por todo recurso, pan, agua y café; pero donde más generalmente no hay servidores ni cosa que se le parezca, teniendo el viajero que atender por sí sólo, ó por medio de sus criados, á todo lo que pueda necesitar. Esta costumbre es antiquísima en Oriente, y á la época del nacimiento de Jesucristo había á las puertas de Belen un *khan* ó *diversorium*, como les llamaron los romanos, con el mismo destino. Pero cuando José y María llegaron á Belen, obedeciendo los decretos imperiales, muchos judíos, por la misma causa, habían acudido á la ciudad para la formacion del censo general decretado por Augusto, y la llenaban toda, incluso el *diversorium*, por lo que los castos esposos tuvieron que buscar un asilo en el fondo de una de aquellas grutas abiertas en el plano de la colina, como hoy se encuentran muchas todavía, y que sirven para encerrar los rebaños durante los rigores de la estacion invernal. José hizo entrar también en ellos el asno, medio pacífico de locomocion, entonces como ahora muy usado en Oriente, y al buey, paciente compañero de sus trabajos; y poco tiempo después, en aquel triste recinto, realizóse el augusto misterio del Nacimiento del Redentor, cumpliéndose el vaticinio de Isaias, según la version de los Setenta: *Iste habitabit in excelsa spelunca petra fortissima.*

Pero ¿miente la tradicion, ó hay datos irrecusables que lleven el convencimiento á la descontentadiza crítica, acerca de la autenticidad de la piadosa creencia que designa la gruta que en breve vamos á visitar, como la cuna de Jesucristo? Con razon dice á este propósito un respetable escritor, que ningun lu-

(1) *In tribu Benjamin*, núm. 119; *Jerusalem*, núm. 245.

(2) Isaias compara la gloria de Jacob con el espigador de este valle; *Attenuabitur gloria Jacob... et erit sicut quareus spicas in valle Raphahim* (XVII, 4).

(3) *Josué*, XV, 8; XVIII, 16; *Reyes*, V, 18; *I Paral.*, XI, 15; XIV, 9.

(4) *Mat.* II, 10.

(5) *III, Reyes*, XIX, 3.

(6) *I, Reyes*, X, 2.

gar existe en la tierra, cuya identidad esté mejor probada, que la de la gruta de Belen. Por su situación conviene con el relato de los evangelistas. San Justino, mártir, nacido en Palestina, y disputando en la ciudad de Tiro con los rabinos principales de la sinagoga, decía, poco más de un siglo despues, que San José, no habiendo encontrado lugar donde recogerse en Belen, *entró en una gruta* (1); y San Jerónimo lo expresa igualmente: *in specu ubi quondam Christus vagiit* (2).

Los primeros cristianos del primer siglo, cuando todavía existían testigos presenciales de todo lo que pudiera referirse al nacimiento y vida de Jesucristo, entre los cuales se cuenta á San Evaristo, que ocupó la silla de San Pedro el año 100, edificaron sobre la misma gruta que veneramos hoy un edificio religioso, que el emperador Adriano destruyó en 135, rodeando aquel venerado lugar de un *lucus* ó bosque sagrado, que dedicó á Adónis, haciendo adorar á Vénus sobre la misma cuna del Redentor (3); odiosa inquina á tan venerado lugar, que demuestra de una manera indudable, que en el siglo I, y ántes de mediar el II, cristianos y gentiles conocían cuál era la gruta del Nacimiento. En la misma segunda centuria, no solamente Justino, sino también Orígenes, dan vivo testimonio de ello (4); y en 327, Santa Elena purificó aquel sagrado asilo, empezando la suntuosa basílica, que terminó su hijo en 333, y que restauró Justiniano en 630 (5), por la devastación de que la habían hecho blanco los pelagianos, y despues las bandas bárbaras de Cosroes.

Pocos años despues, de 384 á 420, retirándose San Jerónimo del mundo, refugióse en otra cueva inmediata, á la gruta de la Natividad, levantando con sus virtudes y sus admirables escritos imperecedero monumento sobre la cuna de Jesucristo.

Se baja á esta gruta por diversas entradas. A la principal se va por una puerta que se abre al fondo de la iglesia de Santa Catalina del convento de franciscanos, cuya puerta da al coro de la basílica, de que en breve hablaremos: se atraviesa el coro pasando por delante de un altar armenio, y se llega al lado Norte, donde se abre una escalera de 16 gradas que conduce á la gruta. Al lado Sur hay otra escalera con 13 gradas. También puede bajarse por otra escalera subterránea, practicada en 1479 por el Padre Juan de Tomacelli, custodio de Tierra Santa, y que tiene la entrada hácia la mitad de dicha iglesia de Santa Catalina (6). A la parte oriental de la gruta encuéntrase un abside semicircular, en cuyo centro está el sitio donde nació el Salvador, abside que conserva todavía restos de pinturas y de mosaicos representando el mismo nacimiento, con que fué adornado en tiempo de las Cruzadas. Cerca del suelo, alrededor del abside, brillan de noche y dia con vivos resplandores quince lámparas, de las cuales, cuatro son y están sostenidas por los latinos, cinco por los armenios, y seis por los griegos cismáticos. Una losa de mármol blanco cubre el suelo del abside, dejando ver en el centro, por una abertura circular, una piedra de color azulado oscuro, probablemente de jaspe, rodeada por una estrella de plata, que lleva en su ancho borde esta inscripción:

HIC DE VIRGINE MARIA JESUS CHRISTUS NATUS EST.

Al leer aquella breve, pero elocuente inscripción, que declara haber nacido allí de la Virgen María el Redentor del mundo, involuntario recogimiento se apodera del espíritu, y dóblanse las rodillas, é inclínase con profundo respeto la frente, y fijanse los

(1) San Justino, mártir, *Dialog. cum Trifone*, n. 78.

(2) *Ad Paulinum*, ep. LVIII.

(3) *Ibid.*, XLIX.

(4) Justino, *Dialog. cum Trifone*, 18. *Origenes contra Celso*.

(5) Procopio.

(6) Al tiempo del nacimiento del Salvador se cree que esta gruta tenía su entrada por la parte del Norte. La iglesia de Santa Catalina afirmase también que fué edificada por Santa Paula en el siglo IV.

labios con emoción dulcísima en aquella dura piedra, bruñida por los besos de los creyentes de toda la cristiandad, y es necesaria una voluntad poderosa para arrancarse á la mística contemplación del inmenso misterio de amor divino, allí realizado hace diez y nueve siglos.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

(Se continuará.)

NOCHE-BUENA.

I.

Abajo, nieve y sombra;
Arriba, luces mil;
Abajo, son las lágrimas;
Arriba, es el reír.
Abajo, un pobre yerto;
Arriba, hay un festín,
Y como noche-buena
No es noche de dormir,
No olvides, tú, que gozas
Y acaso eres feliz,
Que abajo hay quien te dice:
—¡Acuérdate de mí!

II.

Como agua de la fuente.
Que al río va á morir,
Pasaron por la tierra
Los que difuntos ví.
Ancianos venerables,
Belleza juvenil,
Amigos, padres, todo
Todo se olvida al fin.
Mas todos los que fueron,
Nos vienen á decir
En esta santa noche:
—¡Acuérdate de mí!

III.

Yo he visto en otros días
Su voz gozosa unir
Los mozos y los viejos
Al júbilo infantil.
De aquellas voces, muchas
Ya nunca se han de oír;
Vacíos ¡ay! ya cuenta
La mesa del festín.
Mas llénalos fantasmas,
Que á cada vivo, así
Le van sin voz, diciendo:
—¡Acuérdate de mí!

I.

Yo adivino en quién piensa esta noche.
El que cruza el desierto del mar,
Ya la brisa murmure apacible,
Ya se mueva furioso huracán.
Mas no sé lo que dicen las olas,
Que vienen y van,
Al que pasa esta noche entre abismos,
Los abismos del cielo y del mar.
—¿Qué harán á estas horas
Los míos, qué harán?—
Esta noche medita
El que va por el mar.
Y las olas, y el cielo, y el aire,
Con voz desigual,
No diciéndole nada, le dicen
Tanto y tanto que le hacen dudar
Si debe alegrarse,
Si debe llorar.

Yo adivino en quién piensa esta noche
El que tiene algo suyo en el mar,
Ya la brisa murmura apacible,
Ya se mueva furioso huracán.
Mas no sé lo que dicen las olas
Que vienen y van,
Al que tiene un pedazo del alma
Caminando entre el cielo y el mar.
—¿Qué harán á estas horas
Los míos, qué harán?—
Interrogase en tierra
El que piensa en el mar.
Y las olas, y el cielo, y el aire
Con voz desigual,
No diciéndole nada, le dicen
Tanto y tanto, que le hace temblar
Su horror á lo inmenso
Y oscuro del mar.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

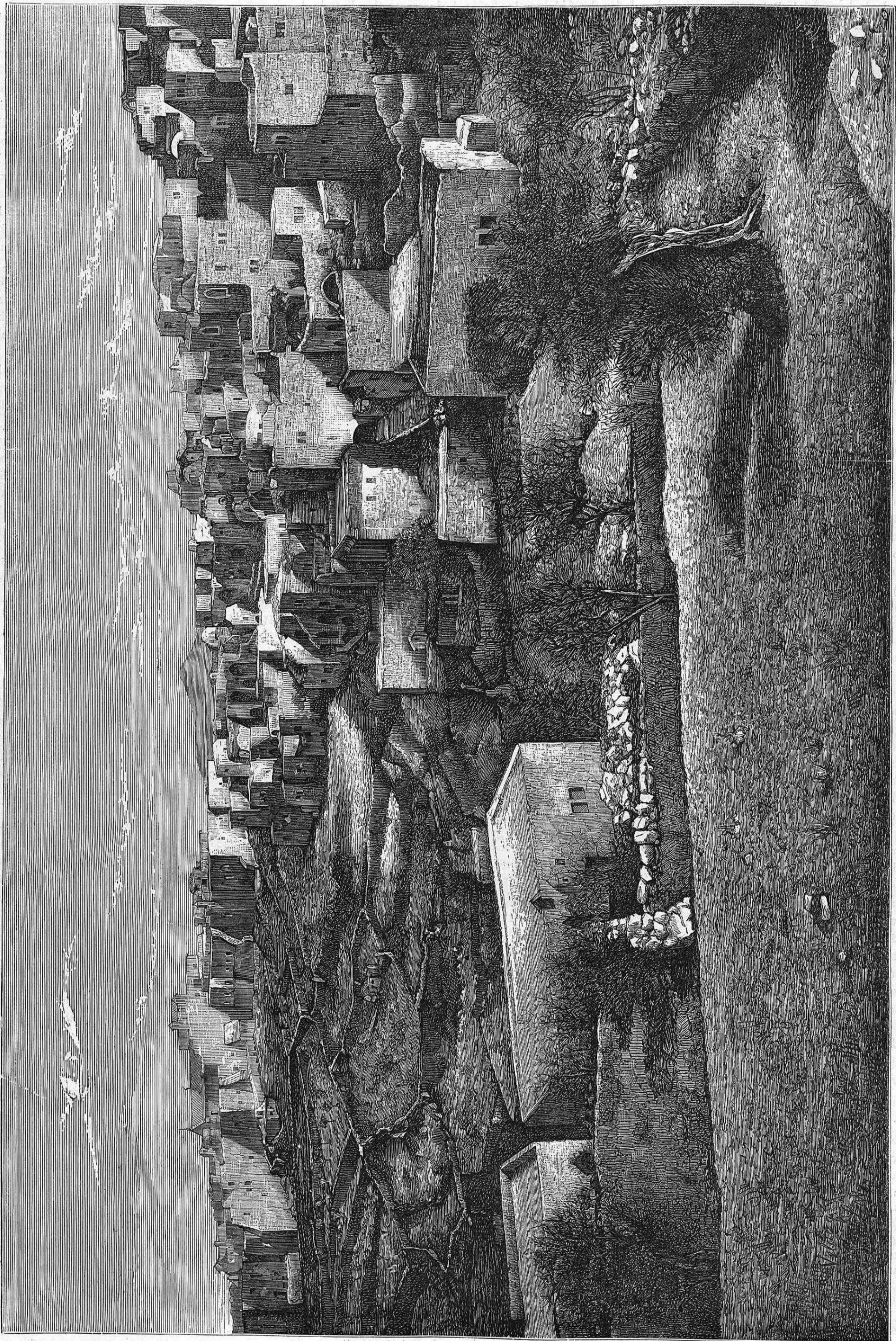
LA NOCHE-BUENA DEL MARINO.

¡Cuán graves y solemnes pensamientos inspira esta noche, consagrada por la liturgia católica á conmemorar la venida de Cristo! La religión cristiana, como las religiones antiguas, santifica los dos solsticios: el de verano y el de invierno. En el solsticio de verano, en los días más largos del año, la venida del Bautista; en el solsticio de invierno, en los días más cortos, la venida del Redentor, escogiendo en mes de los esplendores para el florecimiento de las esperanzas y el mes de los hielos para su granazón; como si toda realidad, aún la más religiosa, hubiera de traer forzosamente consigo, al cumplirse en los límites y en las condiciones de este mundo, inevitables amarguras y angustias. La noche de San Juan puede llamarse la noche del amor, de la serenata, de la guitarra, de la magia; la Noche-Buena puede llamarse la noche del hogar, de la inocencia, de la niñez, de la zambomba y el zorcico; y ambas noches entre sí se diferencian, cual puede diferenciarse la enamorada canción del sencillo cuento.

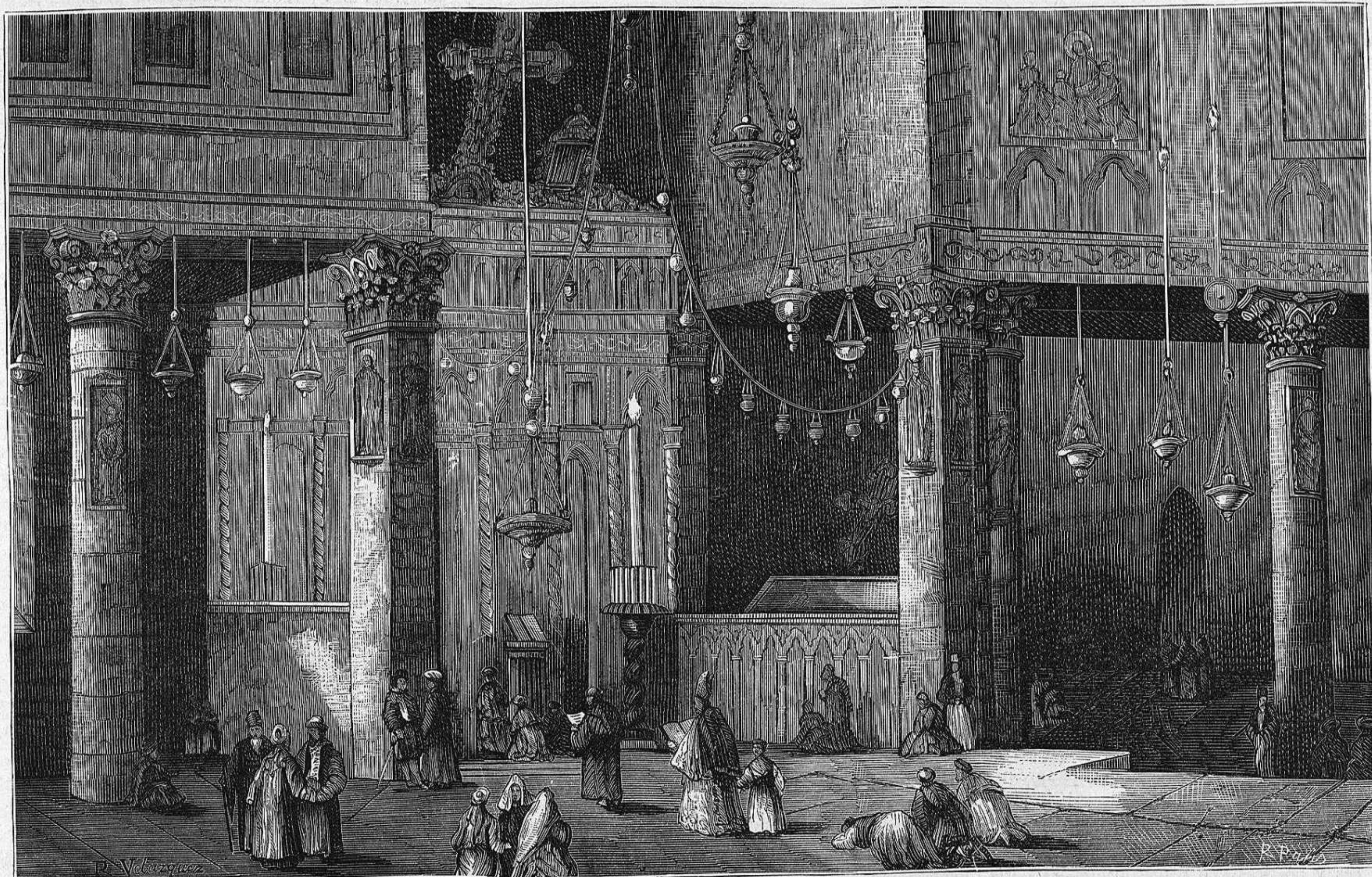
Camino de las almas, ¡qué desconocido eres de los míseros mortales! Sabemos el origen de las lluvias y no sabemos el origen de las ideas; aunque las lluvias pasan en el seno de la atmósfera y las ideas en el interior de la conciencia. Sabemos la órbita de un astro en el infinito material, y no sabemos la órbita de un pensamiento en el infinito moral. Cuando San Lucas narraba, con la sencillez sublime del estilo evangélico, la fuga de María y José, escapados á los rigores del censo romano; la venida de la noche en el establo de Belen; el nacimiento de Cristo en las pajas; el cántico de los ángeles en el cielo; la reunión de los pastores, cargados de rústicas ofrendas, y traídos por los coros celestes y por las estrellas errantes, no podía adivinar, sino por intuición sobrenatural, cómo esta página transformaba las almas para desasirlas del sensualismo antiguo; y movía las piedras para alzarlas en triángulos místicos por las catedrales góticas; y elevaba las imaginaciones con nuevas alas á las cimas de lo ideal; y erigía otros Estados en la sociedad modificada; y cambiaba desde las instituciones hasta las costumbres, en renovación lenta, medida, tarda, como todas las transformaciones sociales, pero profundísima y universal; resultado necesario de una nueva compenetración entre el espíritu humano y el divino espíritu.

Peró dejémosnos de estas y otras reflexiones que ni caben ni pueden caber en nuestro tema. Examinen otros si la Navidad se instituyó por la Iglesia griega ó por la Iglesia latina; si San Agustín señaló el 25 de Diciembre al nacimiento del Salvador, San Epifanio el 6 de Enero, y otros padres, según San Clemente Alejandrino, á fines de Abril ó Mayo; si en su homilía trigésima prima el Crisóstomo dijo que diez años ántes de pronunciada esta arenga desconocía por completo tal fiesta; dejemos todo esto á quienes de eruditos se pican; y vamos nosotros, nacidos y criados á las orillas de los mares del Mediodía, náufragos de las tormentas sociales, reuniendo nuestras ideas y avivando nuestros recuerdos, á meditar sobre la Noche-Buena del marino, errante en el espacio, perdido en la inmensidad, suspenso por frágil tabla entre dos abismos, de los cuales uno le combate con sus olas y otro le combate con sus huracanes, componiendo ambos las temibles y pavorosas tormentas.

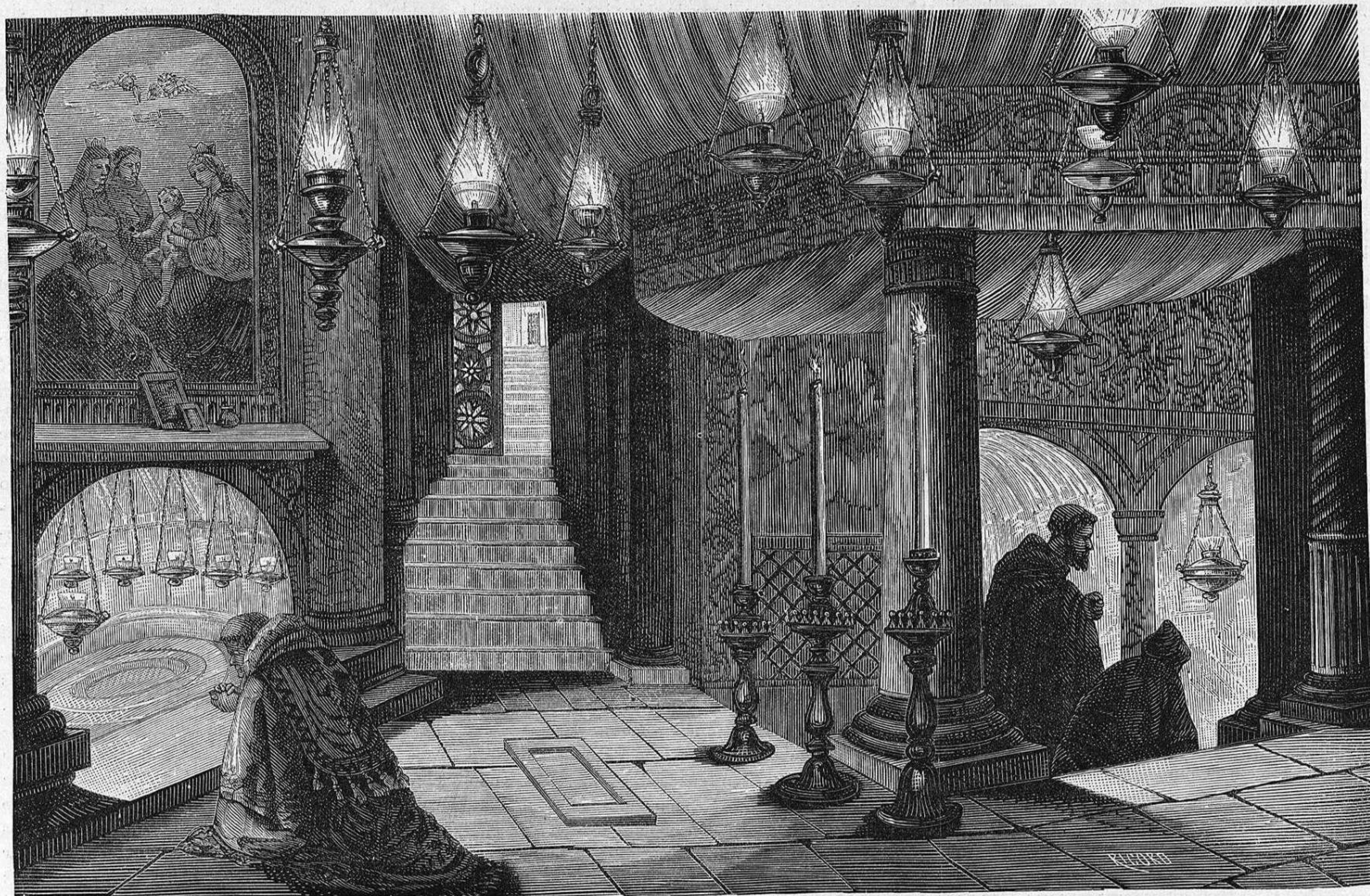
La vida en los pueblos marítimos, sobre todo por las orillas mediterráneas, donde el suelo tiene tanta hermosura y el aire tanta luz, la vida entre una tierra embalsamada por el azahar, un cielo embellecido por el arreból, unos mares plateados de espumas que resaltan sobre aquella superficie de cristal azul; la vida allí guarda indecible poesía. Para gustarla precisa ir, no á la ciudad sino á la aldea; no al puerto mercantil, oscurecido por los vapores de la hulla y cubierto con los productos del comercio, sino á la playa casi desierta, donde, al través de olas



VISTA GENERAL DE BELEN.



TEMPLO DE LA NATIVIDAD EN BELEN.



GRUTA DE LA NATIVIDAD EN BELEN.

tan transparentes como cristalinos manantiales, se ven jugar y chispear, rompiendo la luz en sus escamas, los multicolores pececillos. El día se dobla en la claridad del agua; el aire se carga de exhalaciones que facilitan la respiración y enardecen la sangre; las casas ó chozas de los pescadores se amontonan á la orilla como para aguardar las ondas á guisa de la Galatea del Idilio; la barca yace en la arena esmaltada de conchas sobre las cuales resalta, como gigantesco trozo de azabache, la luciente brea; por la orilla, aquí saltan los chiquillos vestidos de algodón azul y cubiertos con gorros carmesíes; allí mécese la red tendida de higuera en higuera y el cernacho cubierto de algas y aparejado para contener la marina cosecha; allá cantan los calafateadores que componen las navecillas destinadas á desafiar mañana las tormentas; acullá corren las pescadoras, semejantes á las canefóras griegas con sus hermosos piés desnudos y sus cabezas coronadas por la circular cesta donde brillan, como piedras preciosas, los pintados mariscos; cerca de la ola se extienden los copos recién extraídos, entre cuyas mayas, prendidas al término de largas maromas, centellean mezcladas con el moho verde oscuro, cristalizadas partículas y salta la pesca coleteando; mientras en los límites del horizonte pasan latinas velas hinchadas de favorables vientos, seguidas por las gaviotas ó por las golondrinas que vuelan en torno, acompañadas de los delfines que saltan entre las espumas, rompiendo con la quilla y la proa las ondas, dejando tras la popa en la inmensidad fugaces pero luminosas estelas.

En estos grandiosos espectáculos, siempre nuevos, necesariamente ha de tomar el alma de los pueblos, como el alma de los individuos, brillantísimos esmaltes. Sus fiestas han de ser por fuerza esencialmente alegres y poéticas. Yo recuerdo aún la poesía que todos los años nos reservaba en el santo seno de la familia la festividad de Noche-Buena. Por la tarde amontonábanse las castañas y las bellotas, que se cocían en descomunales ollones; los recentales y las gallinas y los pavos que se aderezaban para los días siguientes; la finísima peladilla de Alcoy, los turronecillos hechos con la azucarada almendra de Jijona ó de Alicante; los frescos cardos aporcados en los hermosos bancales; todas las gollerías propias de las Pascuas. Los muchachos agujereaban los pucheros que les caían en las manos, y tapándoles la boca con pieles de conejo curtidas al fuego, en cuyo centro ponían una cañita, formaban las ruidosas zambombas. Industrias no ménos primitivas procurábannos todos los otros instrumentos. El pandero con sus sonajas de hoja de lata, la castañuela con sus lazos de seda, habían menester más aparato; pero los rabeles aparejados con una guita untosa, y los caramillos de cañas que envidiara el dios Pan, se improvisaban allí en el patio ó en el corral de nuestra vivienda. Cuando venía la noche, noche de invierno, fría ó lluviosa por fuerza; mientras el viento aullaba en las ramas ó caían, ya el agua, si nublada, ya el hielo, si serena; bajo la ancha campana de la chimenea, chisporroteaban los sarmientos tan fáciles al fuego, produciendo llamaradas, sobre cuyas rojas luces lucían, á guisa de meteoros, entre las columnas de humo, múltiples centellas, y en la ceniza enrojecida deslumbraba nuestra vista el noche-bueno, el inmenso tronco de encina ó de olivo, reservado de antiguo para este momento y parecido á una gigantesca brasa.

¿Y el Nacimiento? Las estatuas y los cuadros primeros del mundo no tendrán la virtud de producir el éxtasis que en la niñez producen aquellas toscas figuras de barro cubiertas de chillones colorines. Sobre una mesa de pino echábamos un tapete de muselina ó de indiana con varios ramajes y florecos. En torno de la mesa amontonábamos el espliego, la salvia, el tomillo, recién traídos del monte, y que formaban como mullida alfombra, la cual, á nuestros pasos, despedía fortificadoras esencias. Una peña de carton pintado, polvoreada de vidrio que en nues-

tra habla provincial llamábamos volador, representaba á Belen, tomando al reflejo de las velas contenidas en los candelillos de plomo y en las arañas de latón, visos de un rocío de estrellas. Por las quebradas, entre las hojas de lentisco, descendían, reproducidos en barro, los rebaños de blancas ovejas, conducidas por el pastor, que llevaba para el Niño Dios, colgado al cuello, un tierno recental. Aquí un viejo con pellica y zurrón aderezaba las gachas puestas á la lumbre en ancho perol; allí una robusta campesina con su zagalejo azul y su corpiño negro, sobre el cual blanqueaba un pañuelo de hilo, dirigía al abrevadero los potros; más léjos una muchachuela parecía cacarear, según lo hinchado de sus mofletes, como las gallinas que comían trigo y arroz á sus piés; acullá un campesino empujaba la bota de rodillas, mientras otro junto á él asentado sobre un saco de paja encataba un pan ó un queso; por las alturas veíase luciente estrella de talco que guiaba á los reyes magos, caballeros en sus hacaneas, envueltos en sus mantos de púrpura forrados de armiño, con sus coronas doradas á las sienes y sus vasos llenos de mirra é incienso en las manos; mientras abajo, indicado por un ángel de túnica azul que llevaba un *Gloria in excelsis Deo* en letras de oropel, se veía el pesebre con la mula á un lado y el buey á otro por el primer término, la Virgen y San José por el segundo en contemplación extática, y sobre las pajas, el recién nacido, al cual besábamos como á un niño de veras y adorábamos como al Dios de la verdad.

Entonces, aunque supiéramos el *Musa Musæ*, no sabíamos gran cosa de tradiciones mitológicas, y por consiguiente, no llegábamos á comprender el importantísimo rango alcanzado por los bueyes en la religión de los pueblos. No hubiéramos vuelto con poco desprecio, bostezando y soñolientos, nuestras espaldas á quien viniera á contarnos cómo el buey y la vaca representan la fecundidad de la vida en los himnos vedas; cómo la luna creciente que se eleva por los cielos enrojecidos, inspira á los persas la idea de que el toro, compañero de su dios Mithra, debe ser el primer animal creado sobre la tierra; cómo la vaca rubia simboliza la aurora y pronostica el buen tiempo, al par que la vaca negra simboliza la noche y pronostica la tempestad en las supersticiones eslavas; cómo entre los germanos, los cuatro bueyes, hijos de Gefson, surcan y remueven con sus arados la tierra patria, y entre los francos, un toro de piel atigrada engendra en las orillas del mar la raza de los merovingios; cómo Júpiter viene, según las metamorfosis griegas, á través de las ondas jonias hasta las escultóricas orillas donde naciera el arte, en pos de la ninfa Europa: en nuestras creencias de entonces resultaba el buey, cuya piel, cuyos huesos, cuya carne, cuyos trabajos aprovechan á todos, el más útil entre los animales, á causa de haber calentado con su aliento al Niño-Dios, aterido en la terrible noche de Diciembre, y la mula estéril por haberse comido las pajas del sagrado pesebre. Con qué gravedad predicaban los muchachos mayores sobre este tema delante del Belen iluminado, mientras los pequeñuelos oían con verdadera pasión, tan prontos á dar un beso al pacífico buey, como á romper en mil pedazos la péfida y espantadiza mula.

¡Qué noche! Los oídos más acostumbrados al estruendo no podían sufrir las castañuelas repiqueteadas, el gárrulo pandero, la rimbombante zambomba, los caramillos con sus flauteos, los rabeles con sus chirridos, las sonajas de hojalata llenas de perdigones, el campaneó de los almirecés, el rasguear de las guitarras y los innumerables cantares, á cuyas cadencias danzaban todos en tropel delante del Niño Dios con la más desenfrenada alegría, y produciendo la más ruidosa algazara. Solamente podía consolar-nos aquella suave canción que decía:

Esta noche es *Noche-Buena*,
Y no es noche de dormir,
Que la Virgen va de parto
Y á las doce ha de parir.

Sin embargo, el movimiento continuo de aquella tarde, las idas y venidas de la cocina al Nacimiento, el arreglo del Belen, el cántico y el baile producían sueño más pronto y profundo que el sueño ordinario, quedándonos medio dormidos sobre los bancos y las sillas, hasta que las campanas de la iglesia nos despertaban para llamarnos á la *Misa del Gallo*, cantada á media noche, y donde á toda la algazara se reunían las trompetas del órgano.

¿No os ha pasado mil veces, viendo moverse en Noche-Buena un corro de niños alrededor de un Nacimiento, apoteosis religiosa de la niñez, deteneros á pensar en las amarguras y en las tristezas que les reservó la vida? Aquel mismo infante divino, que nace entre los coros de los ángeles, bendecido por los pastores, adorado por los reyes, sudará sangre en el Olivete, recibirá hiel y vinagre en los labios, oirá injurias en la agonía, y morirá, como el último de los criminales, en el más ignominioso de los cadalsos. Entre los que solíamos reunirnos allá en las Noches-buenas de Cádiz, de Elda, de Alicante, hubo alguno destinado por su familia á marino. Muchos años hacía que no nos habíamos visto, cuando en Diciembre de 1875, víspera de Noche-Buena, nos encontramos por París cierto día nubladísimo, en que el sombrío cielo estaba negro como un paño fúnebre, y la nevada tierra blanca como un fúnebre sudario; que no otras comparaciones podían ocurrírsenos en el seno del destierro. Y nuestra conversacion rodó sobre el recuerdo de aquella noche y las tristezas con que la juventud y la madurez de la vida compensaran las alegrías de la infancia.

A todo me resigno, decíame, á todo, ménos á pasar la Noche-Buena léjos de nuestras playas. Imagínate cómo vendrá á mis mientes en la soledad inmensa, oyendo los crugidos de las cuerdas y de las velas, el recuerdo de la lejana casa que, á más de mil leguas, se levanta, y de la abandonada familia, que no tendrá de mí nueva cierta, y no sabrá en qué punto del espacio sobrecoge aquella hora solemne á este juguete de las espumas y de las olas, arrastrado de continuo por los vientos. La pobrecita abuela, mi santa madre, ya tan vieja, hará que la bajen á la cocina, al sillón de baqueta, y, medio ciega de llorar, buscará á tientas el rincón de la chimenea donde yo le presentaba la escudilla para que la llenara de arropo, y la piel de cordero donde yo me tendía despues de haber loqueado mucho para aguardar en dulce sueño que cayese de la alta torre de nuestra iglesia el campaneó de la media noche. Mi mujer, casada y viuda al mismo tiempo, sin atreverse á vestir de luto por no ofender la alegría de la fiesta, ni á ataviarse por no saber si algún banco de arena, ó alguna montaña de hielo, ó alguna tromba de agua habrá sorprendido á su esposo, impedirá en su necesario duelo á mis hijos que explayen sus tiernecitas almas en las fiestas, con que un hado ménos cruel hermozeaba la infancia de su padre. Si algún grito de alegría se oyera, los vecinos que atisban la paja en el ojo ajeno, llamaríanlos familia sin padre y sin entrañas. Nuestro hogar debe ser como una isla de tristeza y de silencio en medio de la universal alegría y algazara. Mi barco no podía ser ménos. En cuanto bajaba la tarde, reunía á mi tripulación, repartíale toda la galleta y todos los licores guardados en mis bodegas para este instante solemne, y yo, solitario, alejado de todos, recluso en mí mismo, oyéndoles con pena jurar y trincar, me sentaba á ver lo único que acaso podían ver los míos juntamente conmigo: las mudas y lejanas estrellas. Feliz me consideraba si en aquel crepúsculo entreveía alguna bandada de aves marinas, ó albergaba alguna golondrina errante, ó sentía levantarse la cabeza de esos peces que husmean el rastro del barco y olfatean la carne del hombre. Todos mis villancicos estaban reducidos al mugir de los vientos y al silbar de las lonas y al retemblar de las tablas sacudidas por las corrientes, y al hervir de las olas. Toda mi compañía era alguna linterna que atisbaba muy léjos

con mi vista penetrante, y que me anunciaba un barco cargado de seres tan tristes y luctuosos como yo mismo. Cuántos cuidados en la niñez, la providencia de un padre, el amor de una madre, los besos de la familia, el Nacimiento en Noche-Buena, el aguinaldo en Navidad, el regalo de los Reyes más tarde, el cuento de la niñera al acostarnos, para vernos luégo lanzados á los abismos del espacio, bajo el peso de la fatalidad que reina en la naturaleza, esclavos de la materia, juguetes de la fuerza, con la muerte á los piés, sintiendo el despiadado látigo de los ciegos elementos que así desarraigan un cedro como sumergen una nave, y así apagan una luz como extinguen una vida, sin curarse de si todo aquello que destruyen y matan, se necesita para muchos misérrimos mortales en las infinitas complicaciones que tiene la máquina del Universo.

Estas tristezas mías concluyeron por parecer ridículas á quienes, luchando perdurablemente con la muerte, en ningun precio tienen la vida. Mofábanse los camaradas de mí porque trocaba en duelo cada ventura pasada, y me moría de pena cuando los demás acaso se morirían de risa. Llorar desde los mares á quienes en tierra firme vivían, y bajo seguro techo, considerábanlo, más que efecto de cariño, efecto de locura. La sociedad en que vivís concluye por modificaros el alma, como el aire que respiráis modifica el cuerpo. Los peligros diarios embotan la facultad de sentir, y amortiguan los de otra suerte insufribles padecimientos. Despues que habeis sostenido un largo comercio con la Naturaleza, llegais á creer que en su fondo no existe ni la sombra de un pensamiento. Montada mecánicamente, obedece á la fuerza ciega; y ninguna súplica, ninguna ofrenda, ningun conjuro puede moverla, porque no tiene voluntad ni albedrío. Es el reino de la materia, al cual dan luz los faros de las ideas que llevamos encendidos en el cerebro. Por consiguiente, léjos de contemplarla en los dias de los recuerdos religiosos, hay que huirla, para procurarse algun consuelo bajo los repliegues del propio pensamiento ó en las expansiones de la sociedad. A la vuelta de algunos años celebraba yo mi Noche-Buena en el barco, bebiendo mucho aguardiente, y contando muchos chascos, sentado sobre los barriles, entre tinieblas formadas por el humo que despedían nuestras pipas y cargadas epilépticas, signos seguros de la alegría que retozaba en nuestros pechos. Siempre recordaré la última de tales fiestas. El ocaso en los mares cantábricos tuvo esplendores sin cuento aquella tarde en arcos y columnas de nubes que formaban alcázares de vapores encendidos por las últimas irradiaciones del sol poniente. La mar bramaba picada, y arreciaba el viento huracanado; pero no temíamos caso alguno, porque no llevábamos pasajeros ni gente asustadiza. Acabábamos de zarpar de nuestras playas y teníamos en la bodega reposte de vinos y turrones. No sabré decirte cuánto bebimos y charlamos. Las provisiones reunidas por la próvida familia rodaron sobre las tablas como si aquél fuese el día último de nuestra vida y no hubiera en el tiempo ningun mañana. De pronto, cayó desde el cielo sobre el barco inmenso nubarrón que parecía pesado como el plomo y oscuro como la ceniza: bajo nuestra quilla se estremecieron las aguas cual si combatieran las corrientes, y por nuestras velas corrió un diluvio cual si las ondas del mar se hubieran trasladado á la region de los vientos: altas montañas de base negra como la noche y de cima blanca y eléctrica como un dia de relámpagos se encrespaban y se deshacían, batidas por el huracán que nos amenazaba con sus furiosos: un trueno constante lanzaban los abismos del cielo, y otro igual á su vez los abismos del Océano; inútilmente arriamos las velas, recogimos las cuerdas, arrostramos la tempestad á palo seco; los mástiles se troncharon, las tablas se desunieron, la campana de alarma sonó por sí sola como si mano invisible la moviese, y todos nos hundimos en las hirvientes espumas

con clamores de desesperacion, á los cuales siguió bien pronto ese horroroso silencio que es el verdadero lenguaje de la muerte. Mi salvacion consistió en que una ola me arrojara sobre los escollos que bordean los últimos límites de nuestra península, donde, tras cincuenta horas de angustiosa agonía, pudo recogerme un barco de socorro. ¡Imagínate que Noche-Buena! Las olas venían como hambrientos monstruos á disputarme á los esponjosos y agrietados escollos donde estaba tendido como sobre lecho compuesto de vidrios y de espinas que se metían en mi cuerpo. A mis estremecimientos de frio, á mis espasmos de dolor, á mis angustias de desesperacion, contestaba el hervor de las ondas y el silbido agudo de los vientos. Compara su estridor con la fiesta que regocijó tantas veces las Noches-Buenas de nuestra infancia.

Pues todavía las hay más terribles, le dije yo. Tremendas son las tempestades del Océano; pero no tanto como las tempestades del espíritu. Terribles los naufragios marítimos; pero no tan terribles como los naufragios sociales. Ese escollo, que pintas, me parece el paraíso en comparacion de la tribuna profanada y rota. Ese barco, que se rompe en mil pedazos, no es al cabo la patria, la tierra en cuyo seno están desde las cunas de las generaciones nacientes hasta los sepulcros de las generaciones pasadas. Los monstruos de esos abismos tan temidos, pelean por la vida, se comen unos á otros por su necesario sustento; pero no se comen por una credencial, por una cinta, por un título vano, por añadir algunas sílabas más á nombres deshonorados. El viento, el huracán, el trueno, el rayo, jamás destruyeron como saben destruir el rencor y la venganza. Las sirtes de los escollos no tienen tantos dobleces como las traiciones de los hombres. La ola que se encrespa te hiere; pero no te injuria. El mar mata; pero no calumnia. Boga, boga eternamente por esos espacios, y no vayas á otros de superficie más engañosa y de abismos más insondables. En esos tus combates sufrirá el cuerpo; pero se fortalecerá el alma. La amargura, que hay en el seno de los mares, no tiene comparacion con la hiel que condensan las humanas injusticias en el hígado de los vencidos. Porque mira, cuando vuelvo los ojos atrás y veo los restos de otros naufragios más tristes, mucho más tristes que el tuyo, sólo tengo para mi consuelo esta cancion tantas veces oída al amor de la lumbre en nuestra infancia, cancion que nos parecía mentira en las venturas de la inocencia, y que es la única verdad positiva cuando se ha vivido mucho:

La Noche-Buena se viene
La Noche-Buena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

EMILIO CASTELAR.

JESUS DE NAZARET.

*Lux fulgebit hodie super nos,
quia natus est nobis Dominus.*

Como en antro sordo y fúnebre
Yace al fin cadáver yerto
Tal el mundo en noche idólatra
Para el bien estaba muerto.
Entre impúdicos placeres,
Adoraba infames seres
La insensata humanidad:
Era Dios toda quimera,
Menos Dios que sólo impera
Con divina potestad.

Recordaba el noble espíritu
La mision de su linaje,
Dar ansiando al Sér ingénito
Testimonio de homenaje;
Pero sólo yer lograba
La materia vil, esclava
De la furia de Luzbel;
Sin hallar en sus dolores
Al Señor de los Señores,
Vaticinio de Israel.

Cual luchando con el águila
Que á los cielos desafía
Ve la presa casi exánime
Cómo viene su agonía;
Tal el alma en hondas penas
Espiraba entre cadenas
Que labró su error fatal;
Divisando en lontananza
Dulce rayo de esperanza
Para alivio de su mal.

Circundaba sombra lúgubre
La orgullosa inteligencia;
No salvando humanos límites,
Muda estaba la conciencia,
Para el orbe, á su despecho,
Era fuente de derecho
Toda ley del vencedor;
Y de cólera inflamado,
Iba siempre despiadado
Tras el siervo el opresor.

¿Quién podrá salvar al mísero
Redimiendo tantos males,
Vencedor feliz é intrépido
De las iras infernales?

¿Quién podrá, con faz propicia,
Por el cielo y su justicia,
Dar la ley de la igualdad?

¿Quién al hombre en su destierro,
Quebrantando el torpe hierro,
Devolver la libertad?

¡Uno solo! Aquél que cándido,
Sobre pajas sin aliño,
Duerme en gruta helada y lóbrega,
Dios potente y débil niño.
En el puro y casto seno,
De virtud y gracia lleno,
Santa Virgen le albergó;
Y cual rayo sin mancilla
Por cristal que limpio brilla,
De su cárcel se libró.

A su vista el alto Empíreo
De contento se estremece;
Rutilante estrella insólita
Cual ninguna resplandece;
Y en los ámbitos del viento,
Dicen ángeles sin cuento,
Deslumbrados por su faz:

«¡Gloria á Dios en las alturas,
Y á las pobres criaturas
En la tierra amor y paz!»

Y dejando el sólio espléndido,
Para ver al Dios clemente,
De comarca remotísima
Llegan reyes del Oriente:
Como místico tesoro,
Dan con mirra, incienso y oro,
Vasallaje á su poder;
Y, á despecho del abismo,
Desde aquel instante mismo
Rey de reyes viene ser.

Y revive el mundo atónito
Con el rayo de su lumbre:
De la mente humana rómpese
La precita servidumbre;
Y al ganar, de gozo henchida,
Tras los lindes de la vida;
La region de eterna luz,
Ve de Dios patente el juicio,
Comprendiendo el sacrificio
Del establo y de la Cruz.

Y recuerda que simbólicas,
En los siglos que pasaron,
No mentidas cien imágenes
Su poder prefiguraron;
Y recuerda en tal momento
Del Profeta el grave acento,
Como heraldo celestial,
Prediciendo que vendría,
Y con sangre lavaría
La mancilla original.



NOCHE-BUENA, COMPOSICION POR DON RICARDO BALACA.

¡Gloria á tí, monarca y árbitro
De la vida y de la muerte,
Cuyo santo amor sin término
Tierra y cielo á sí convierte;
Cuyo nombre luce escrito
Sobre el éter infinito
Y en la más humilde flor!
¡Gloria á tí los hombres digan,
Y tu huella humana sigan
Con los himnos del amor!

Mas si al son del arpa angélica
Lo creado se levanta
Y tu nombre sacratísimo
Tierno al par bendice y canta;
Si encendidos querubines
Y abrasados serafines
Desfallecen á tu pié;
Si te adora el cielo todo,
¿Cómo yo, gusano y lodo,
Cual mereces te amaré!

ANTONIO ARNAO.

LA NOCHE-BUENA DEL SOLDADO

Sr. D. JUAN DE LA RADA Y DELGADO.

Mi querido Juan: Me pides que te escriba *La Noche-Buena del soldado*, á fin de publicarla en LA ACADEMIA; y como quiera que así se intitule uno de los capítulos de mi *Diario de un testigo de la guerra de Africa* (libro que, hace ya muchos años, no se encuentra en las librerías), parece-me lo mejor remitirte dicho capítulo, con las enmiendas que ha de llevar en la nueva edición que va á publicarse de aquella obra.

Se alegrará de haber acertado á complacerte, tu afectísimo amigo y paisano.

P. A. DE ALARCON.

Madrid 10 de Diciembre de 1877.

Son las nueve de la noche del 24 de Diciembre del año 1859 del Nacimiento de Jesucristo, y en el campamento del ejército cristiano que invadió el África hace veinticinco días no ha resonado aún el toque de retreta. En vez de este marcial trompeteo, que los moros están ya acostumbrados á oír todas las noches al punto de las ocho, los ecos de las montañas llevan hoy á sus escondidas tiendas un confuso rumor de risas y cantares, unidos á los lamentos melancólicos de una flauta y al bullicioso repiqueteo de muchas panderetas.

Los sectarios de Mahoma míranse acaso á la luz de sus hogueras, llenos de curiosidad y de miedo, como preguntándose qué ocurre en el campamento de los cristianos, que así entregan á las húmedas brisas de la noche los acentos de su alegría; y no será mucho que recelen si nuestro júbilo les presagiará nuevos daños, ya porque anuncie que hemos recibido algun poderoso refuerzo ó destructora máquina, ya porque signifique que festejamos de antemano el total hundimiento de la morisma.

¿Quién sabe? ¿Quién puede imaginar todo lo que la ignorancia y la superstición de los atribulados moros habrán creído oír en la lejana gritería que llega á turbar su sueño? Quizás en este momento se asoman á las cumbres de los montes que nos separan de ellos, y fijan su ávida mirada en nuestro campo, que percibirán aislado en la oscuridad y en la niebla, tachonado todo él de rojizas lumbres, entre cuyos intensos resplandores verán á veces fantásticas figuras, mientras que el múltiple canto de tan misterioso regocijo se dilata, cada vez más sonoro, por las cañadas ocultas en la sombra...

Entonces algun santón, morador de esta comarca, vecina á la católica Ceuta, les contará con agorero acento cómo esta noche celebramos los hijos de María el Nacimiento de nuestro Profeta; cómo tal algazara recuerda una fiesta tradicional, en que la abundancia y el contento bajan en toda la cristianidad á la mesa del monarca y del mendigo; cómo los cristianos tenemos tambien nuestra Pascua; como,

por último, es llegada la mejor hora de sorprendernos á los enemigos del Coran y de convertir en sangre el sacrilego vino que llevamos á los labios...

Después de esto, y en tanto que llega el día, y con él la señal de un nuevo ataque, el desheredado judío y el abominable renegado referirán á los moros, con despreciativo acento, la misteriosa leyenda de Ana y de Joaquin, de José y de María, de Juan y de Jesús... Pero, á medida que avancen en su relacion, el israelita sentirá inflamarse en su pecho aquella voz de profecía que le hace sospechar constantemente si el Jesús que crucificaron sus padres sería el verdadero Hijo de Dios, y el renegado volverá á oír en su alma los ecos lejanos de la voz paterna, y á recordar la fe sublime con que una mujer, que lo había llevado en sus entrañas, le enseñaba, cuando él era tierno niño y dormía en tan dulce regazo, los inefables misterios de aquella religion que ahora aparenta descreer... Se inflamará, pues, la palabra de uno y otro narrador; y los moros cerrarán los ojos como huyendo de la luz; y el silencio y la meditacion descenderán sobre aquella mísera gente; y los ángeles pasarán á su lado sin miedo alguno, cuando dentro de tres horas vayan cantando de monte en monte: *¡Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad!*

Al mismo tiempo que se hable y se piense de este modo en la infiel Sierra-Bullones, los barcos de todos los pueblos de Europa, al cruzar esta noche el Estrecho de Gibraltar, verán á lo léjos las hogueras del ejército español acampado á cielo raso en las soledades de Africa; y, así los rudos marineros como los impresionables pasajeros, sea cualquiera su religion, su patria ó su idioma, enviarán un saludo de entusiasmo y simpatía á los nobles soldados del Evangelio, á los mantenedores de la civilizacion, á los heroicos hijos de la inmortal Iberia...

¡Tambien desde Gibraltar se divisarán nuestros hogares de campaña! Pero, ¿quién puede adivinar lo que pensarán allí los amigos de los moros?—Hago demasiado honor á sus virtudes domésticas, á su buen sentido y á su notoria religiosidad, para no creer que en esta hora solemne sentirán rubor y hasta remordimientos por los públicos consejos y secreta ayuda que están dando en contra nuestra á un pueblo que es horror y escándalo de las naciones.—¡Oh! sí... no puedo dudarle ni un momento: nuestros ocultos enemigos nos harán justicia siquiera por esta noche, y se confesarán á sí mismos, no sin cierto bochorno, que nuestra conducta es más noble, más digna, más honrosa que la suya!—¡Pero, si yo me engaño, y ni aun de este arranque de generosidad son capaces, compadezcamos su pobreza de alma y busquemos con la vista seres más privilegiados!

Algeciras, Tarifa y otros pueblos compatriotas nuestros, nos contemplan tambien en este instante desde la costa vecina... ¡Cuánto interes, cuánta ternura y cuánta pena nos enviarán sus moradores en alas de los vientos! ¡Con qué afán demandarán al cielo que aleje de nuestro horizonte las nubes que ya principian á encapotarlo! ¡Con qué placer nos cederían el techo, la mesa, el hogar y la cama! ¡Con qué verdadero júbilo pasarían esta noche á nuestro lado! ¡Cómo nos compadecen, cómo nos aman, cómo nos bendicen!

¡Ay! Y si extendiendo más la vista; si dejo volar la imaginacion sobre toda España; si penetro en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, en cada cortijo, en cada casa, ¿qué es lo que veré, que sólo de pensarlo las lágrimas acuden á mis ojos y la pluma desmaya entre mis dedos?...—¡Madres, padres, hermanos, hijos, esposas, enamoradas vírgenes, os vemos con los ojos del corazón! ¡Os estamos mirando como nos mirais vosotros! ¡Sólo que nosotros, desde aquí, podemos veros más distintamente, sabiendo, como sabemos, dónde os encontráis, qué vida hacéis, cuáles son vuestros sitios y costumbres, qué lugar ocupais en el hogar y en la mesa, y hácia dónde cae el cristal cubierto de escarcha al cual os asomais para

buscar con la vista las estrellas que nosotros contemplamos!—¡Todo lo sabemos! Vuestra Noche-Buena es de llanto y luto. Un crespon de duelo cubre, en vez de mantel, la mesa abandonada...—¿Cómo estarán? (exclamais á cada instante). ¿Habrán muerto? ¿Morirán esta noche? ¿La pasarán batiéndose? ¿Tendrán hambre y frío? ¿Se acordarán de nosotros?—¡Oh! nó: esto no lo preguntais; ¡esto lo sabeis!

Pero demos tregua á tan mortal congoja, y tornemos los ojos al expatriado ejército; ó, lo que es lo mismo, prescindamos de perspectivas, y tracemos el primer término de nuestro cuadro.

Hé aquí el espectáculo que presenta el campamento:

Empieza á llover... La oscuridad es densísima... Del próximo mar sólo se perciben las lúgubres lamentaciones... El cielo parece haberse desvanecido... ¡Todo es vacía tiniebla en torno nuestro!

El soldado, verdadero protagonista de todas las guerras, tiene hoy doble racion de vino y dos horas de próroga para acostarse. Con esto y con su industria le basta para pasar una velada deleitosa.

Muchas veces he salido de mi tienda para contemplar el aspecto de nuestro campo, y todas ellas he visto y oído cosas tan interesantes, que no bastaría un volumen para referirlas.—¡Qué grupos! ¡Qué conversaciones! ¡Qué episodios tan tiernos y tan peregrinos!

Las hogueras tienen tambien doble, y hasta cuádruple racion de leña. Alrededor de cada una se encuentran diez ó doce soldados cociendo, asando y friendo todo lo que hoy les ha proporcionado la Administracion Militar, con más lo que ellos han podido procurarse particularmente.—En una parte se refieren historias, en otra cuentos; aquí se razona sobre el origen, curso y resultado de la guerra; allí se narran biografías de jefes ú oficiales... Pero la generalidad de las conversaciones gira sobre las costumbres del pueblo de cada uno, sobre el modo cómo en ellos se suele pasar la Noche-Buena, y sobre los parajes en que éste ó el otro se hallaba tal ó cual año durante las solemnes horas del 24 de Diciembre...

Por este camino, nada es más natural que venir á caer en los recuerdos de familia. El uno dice los hermanos que tiene y cómo se llaman; el otro saca de una pobre cartera la última carta de su padre; éste describe á su novia, poniéndola sobre todas las mujeres del universo; aquél dice lo que haría si fuese pájaro, hácia dónde tendería el vuelo, por qué chimenea penetraría y á quién iría á darle la primera sorpresa. ¡Ni es mucho ver que aquel reposado coloquio termine con un *Padre-nuestro*, cuando no con un trago y una copla, que así puede ser de jota como de rondeña, lo mismo una manchega que un zorcico!

Sin embargo, el canto nacional que domina esta noche es el de los *Aguinaldos*, con el estribillo de *lo que dijo Melchor*, acompañado de zambomba, imitada con la garganta. Segun tengo indicado, hay entre nosotros algunas panderetas, que no sé de dónde diablos han salido, las cuales no descansan ni un segundo, percibiéndose además, dentro de una tienda de oficiales, el lánguido suspiro de una flauta.—En fin, y como resumen de tantos placeres y alegrías, diré la frase que acabo de oír á un centinela:—«Chicos... si vuelvo á mi tierra, juro á Dios que, al oír nombrar á Africa, aunque me pille comiendo, echo á correr y me meto en la cama.»—Creo que esto lo dice todo.

Hasta aquí los soldados.—Ahora, penetremos en las tiendas de jefes y oficiales.—En una, alegres jóvenes han dispuesto la cena más opípara que os podeis imaginar, no ciertamente por la calidad y condimento de los manjares, sino por los nombres pomposos que les han puesto:—«Arroz á la Muley-Abbas.—Sardinias á la bayoneta.—Almendras de espingarda.—Vino del Serrallo.—Higos del Morabito.—Pasas de Castillejos...»—En otra tienda se juega pacíficamente al tresillo.—En la inmediata se

pasa revista á óperas enteras, cuyos duos, y hasta las mismas arias, se cantan á coro.—En la de más allá algunos hombres melancólicos duermen ó velan en la cama desde que se puso el sol...—Pero en todas ellas, en medio del juego ó de las conversaciones más animadas, sobresaliendo entre el canto y las risas, óyense constantemente los mismo dolorosos estribillos:—*Ahora en mi casa...—El año pasado á estas horas...—Cuando yo era niño...—Si escapo de la guerra...—Cuando vuelva á España...—El dia que me despedí...—Me escribe mi mujer...—Mi padre, que esté en gloria...—Y lo demas que podeis figuraros.*

Conque hagamos punto.—Creo haber demostrado que tambien aquí ha sido hoy dia de *Noche-Buena*.—¿Cómo nó, si este es ya territorio español, suelo cristiano, patrimonio de Jesucristo?

¡Dulce es pensarlo, y más dulce asistir á ello! Un ejército católico, avanzando por país agareno, ha establecido sus reales en el imperio musulman de Marruecos y saludado en él la venida del Mesías... Una colonia militar española tremolará mañana su pabellon de triunfo sobre las crestas de Sierra-Bullones, y á la hora en que toda la cristiandad escuchará los acentos de alegría que extiendan las campanas por la estremecida atmósfera, la voz de nuestros cañones repetirá como un eco tan venturosa señal, que irá sonando de cima en cima hasta las cumbres del gigantesco Atlas!...

Ha mediado la noche... ¡Silencio!—Es la hora más grande de los siglos...—¡Calle la pluma, y hable tan sólo el corazón!—Jesus está ya sobre la tierra.

P. A. DE ALARCON.

JESUS DORMIDO EN LA CRUZ (1)

Entre nieves y entre rocas,
Que van hiriendo sus piés,
Un pobre niño camina
De pura y rosada tez.

Brillan sus rubios cabellos
Como sol que va á nacer,
Y entre sus rizos undosos
Rudas espinas se ven.

Su mirada de paloma
Bendita mirada es,
Que inunda de luz el alma
De quien la logra obtener.

Abrojos pisan sus plantas,
Abrojos punzan su sien,
Y con sonrisa de cielo
Bendice su padecer.

Bien soporta la fatiga
Aunque le abrume cruel,
Y tiene para los males
Las bendiciones del bien.

Al verle cruzar el mundo,
Sin poderlo comprender,
Así preguntan al niño
Y así responde tambien.

—Dí, ¿quien te manda?

—El consuelo.

—¿Quién te dió sér?

—El amor.

—¿Que vas buscando?

—El dolor.

—¿De dónde vienes?

—Del cielo.

—¿Me admiras!

—Nada os asombre.

—¿Sé dichoso!

—¿Qué delirio!

—¿A qué aspiras?

—Al martirio.

—¿Tú al martirio!

—Por el hombre.

—Huye de ti.

—Yo le sigo.

—Te deja.

—No le abandono.

(1) Esta composicion ha sido inspirada por el admirable cuadro de Zurbarán, que se conserva en nuestro Museo de Pinturas, cuya copia damos en la primera página de este suplemento.

—Te rechaza.
—Le perdono.
—Te hará morir.
—Le bendigo.
—¿Y amas?
—A la humanidad.
—¿Para qué?
—Para salvarla.
—¿Y tú pretendes?
—Guiarla.
—¿A dónde?
—A la Eternidad.
—Tú sufres...
—Por su delito.
—¿La ofensa fué grande?
—Inmensa.
—¿La expiacion...
—Como la ofensa.
—¿Y habrá perdon?
—Infinito.
—No alcanzo...
—La fe da luz.
—Reposa.
—No estoy cansado.
—¿Tienes lecho?
—Preparado
le tengo sobre una cruz.
Con esto siguió su marcha,
Y poco tiempo despues,
Sobre una cruz reclinaba
Su puro cuerpo y su sien.
Lecho de dolor que cuna
De la vida eterna fué:
Cruz de perdon en el Gólgota;
Cuna de gloria en Belen.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

ICONÍSTICA DE LA NATIVIDAD.

No permite el espacio de que disponemos un detenido estudio del interesante tema á que el anterior epígrafe se refiere. Bajo la relacion arqueológico-artística—única que nos cumple apreciar,—el suceso de la Natividad de Jesucristo es digno de la indagacion crítica y estética más puntual, representando por sí solo una página harto notable de la historia artística, donde pueden estudiarse los cambios del ideal estético, con las mudanzas y progresos del tecnicismo.

Obligados á ceñirnos á límites harto modestos, nos contentaremos con apuntar y reunir algunas indicaciones que indudablemente han de ser acogidas con benevolencia en un país como el nuestro, donde hasta la arqueología sagrada ó litúrgica puede decirse que está en pañales, concediendo, lo que no es poco, que aquí exista como rama principal de las ciencias históricas.

En la serie de los primitivos monumentos cristianos pictóricos ó esculturales, no se descubre la representacion del Misterio de la Natividad; pero segun las primeras autoridades de la materia, el acto de la Adoracion de los Magos se halla figurado sobre el sofito de un *loculus* en una de las criptas sepulcrales del cementerio romano de Santa Priscila, atribuyendo Rossi y otros anticuarios, su ejecucion á una época muy próxima á la edad apostólica.

Representa el fresco, á María, sentada, medio cubierta la cabeza con un velo transparente. Sobre sus rodillas aparece Jesus, y no léjos descúbrese un hombre con un rollo de pergamino en la siniestra mano, miéntras con la derecha señala á una estrella que ocupa la parte superior de la pintura.

Disienten los arqueólogos en cuanto á determinar si el desconocido representa á San José ó á uno de los magos; pero todos convienen en que el fresco se refiere ciertamente al natalicio del Crucificado.

No es ménos interesante el fresco de la Catacumba de los Santos Pedro y Marcelino, propio del siglo III de la Iglesia, y en el cual se ve claramente representada la Adoracion de los Reyes magos. A partir del siglo mencionado, los frescos, repitiendo el mismo tema con subalternas variantes, se encuentran en diferentes catacumbas, citando Rossi hasta veinte, cuya atribucion no admite duda, en su juicio.

Como se ve, desde los primeros tiempos del cristianismo la Adoracion fué representada como un hecho histórico, circunstancia muy de apreciar en nuestro estudio, dado el predominio del símbolo y del emblema en las representaciones gráficas cristianas durante esos mismos períodos.

Es visto que la piedad y la tradicion no se oponían á que los artistas tradujeran con líneas y colores la idea del acontecimiento, pidiendo á la realidad viviente los medios de expresarlo, con lo que establecían una diferencia muy significativa y discreta entre la pintura del tema y la de otros argumentos que afectaban al modo de concebir la idea sustancial del Omnipotente.

No abundan ménos las representaciones escultóricas del hecho á que nos referimos. Sólo en el Museo Cristiano de Latran, que hemos visitado, se han reunido hasta once sarcófagos esculturales, donde figura la Adoracion de los Magos, conservándose tambien uno que contiene la Natividad sencillamente. Ni faltan el buey y el asno tradicionales, ni ménos la simbólica estrella al lado opuesto de la luna, para determinar que el acontecimiento se verificó durante la noche.

En la lámina que figura en este mismo número, página 364, reproducimos con el número 1 la importantísima pintura que hemos descrito primero, ó sea la del Cementerio de Santa Priscila; y con el 2 y 3 damos la de otro fresco relativo á la Adoracion de los Magos, no ménos curioso, descubierto por Rossi en el cubículo de Santa Cecilia.

A partir del siglo de Constantino, la Natividad, con distintas modificaciones, en cada caso, se repite profusamente en el fondo de los vidrios litúrgicos y en los mosaicos sagrados, siempre respondiendo al concepto histórico de la tradicion devota, aunque admitiendo tambien el simbolismo indispensable para su mejor comprension.

Durante la Edad Media, la Natividad es esculpida ó modelada con frecuencia en los edificios religiosos. Suele tambien descubrirse en las vidrieras de las catedrales y en algunos códices historiados; pero el desarrollo del tema y su representacion verdaderamente estética no se realizó sino durante el Renacimiento. Todas las escuelas pictóricas desde el Rhin hasta el Danubio lo han acometido desde el Escalda y el Mosela hasta el Lido y el Tiber. Desde el siglo XIV los maestros pintores se fijan en el episodio, y sin concederle, segun que luego aconteciera, toda la importancia estética y figurada á que le llamaría el Renacimiento, lo representan, ya como hace el Beato Angélico, en el concepto de complemento explicativo en la historia de la Virgen, ora como desdoblamiento de la misma historia, estudiada en sus capitales escenas.

Nuestra rica pinacoteca nacional conserva la magnífica tabla del pintor de Fiesole, llamada de la *Anunciacion*, en cuya *predella* dibujó el místico pincel del inspirado monje el misterio del natalicio de Cristo segun la liturgia. Pero no es en ella donde debemos buscar la más alta representacion del acontecimiento. A Fr. Angélico, como á sus contemporáneos, no les era permitido sacudir por completo el yugo del hieratismo, y así se comprende, cuando se reconoce que el arte no se aparta, ántes bien, acompaña á la idea social en sus lentas pero constantes modificaciones.

En este asunto, como en todos los estéticos, la fisonomía del medio donde el artista se inspira, resalta en sus obras. La Natividad, la Noche-Buena de los pintores neerlandeses no es la Noche-Buena de los italianos. Predomina allí el realismo naturalista y el artista concibe la escena recordando las circunstancias y particularidades de la vida real, aquí el pintor se lanza en los espacios de la fantasía, y como Correggio busca en el argumento pretexto para hacer feliz alarde de su habilidad y genio. El pintor flamenco ó holandés se limita á traducir con líneas y colores un episodio histórico, y por tanto sus figuras están vaciadas en el molde de la realidad; no hay en sus tablas otro idealismo que el de la expresion y de los efectos estéticos; el pintor italiano, influido por las corrientes neoclásicas, vive en la abstraccion y á ella se atiende.

El arte español ha acometido desde sus primeros dias el desempeño del consabido tema; pero hay que confesarlo: ningun artista supo asociar la discreta representacion de lo real, al buen regido idealismo que exigía el carácter del argumento, como Bartolomé Esteban Murillo. Diríase que en su paleta se daban cita para fundirse en superior unidad la naturaleza y la idea, produciendo esos poemas místicos y á la vez realistas, con que si mueve la piedad á delectacion sublime, tambien recrea los sentidos con la copia selecta de lo bello en la naturaleza. El cuadro que reproducimos es una de las joyas maravillosas conservadas en el rico, aunque reducido museo sevillano. Y damos aquí punto á este artículo, sintiendo que la falta de espacio nos haya obligado á ser tan extremadamente parcos y concisos.

F. M. TUBINO.



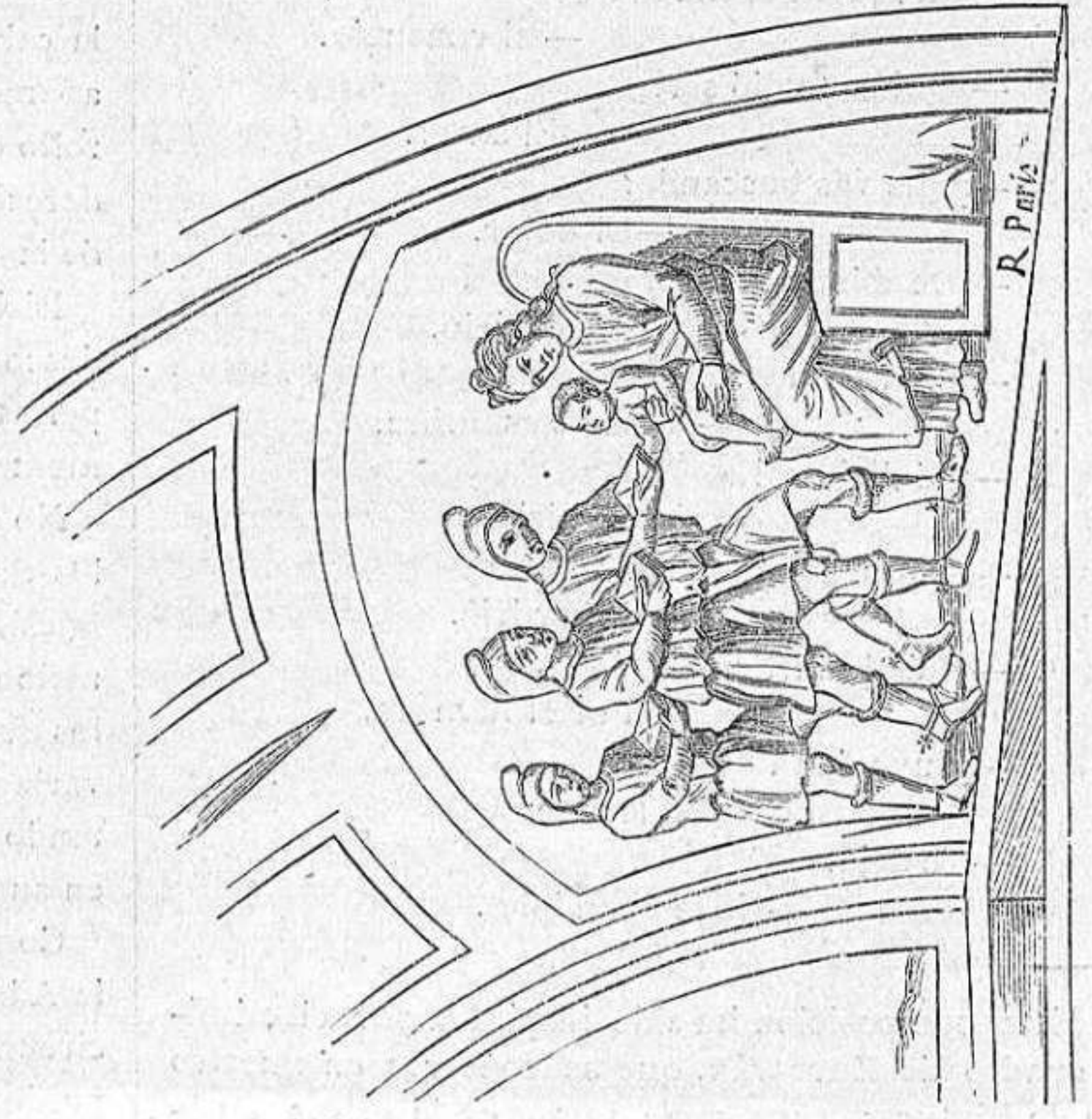
R. Rodríguez

2

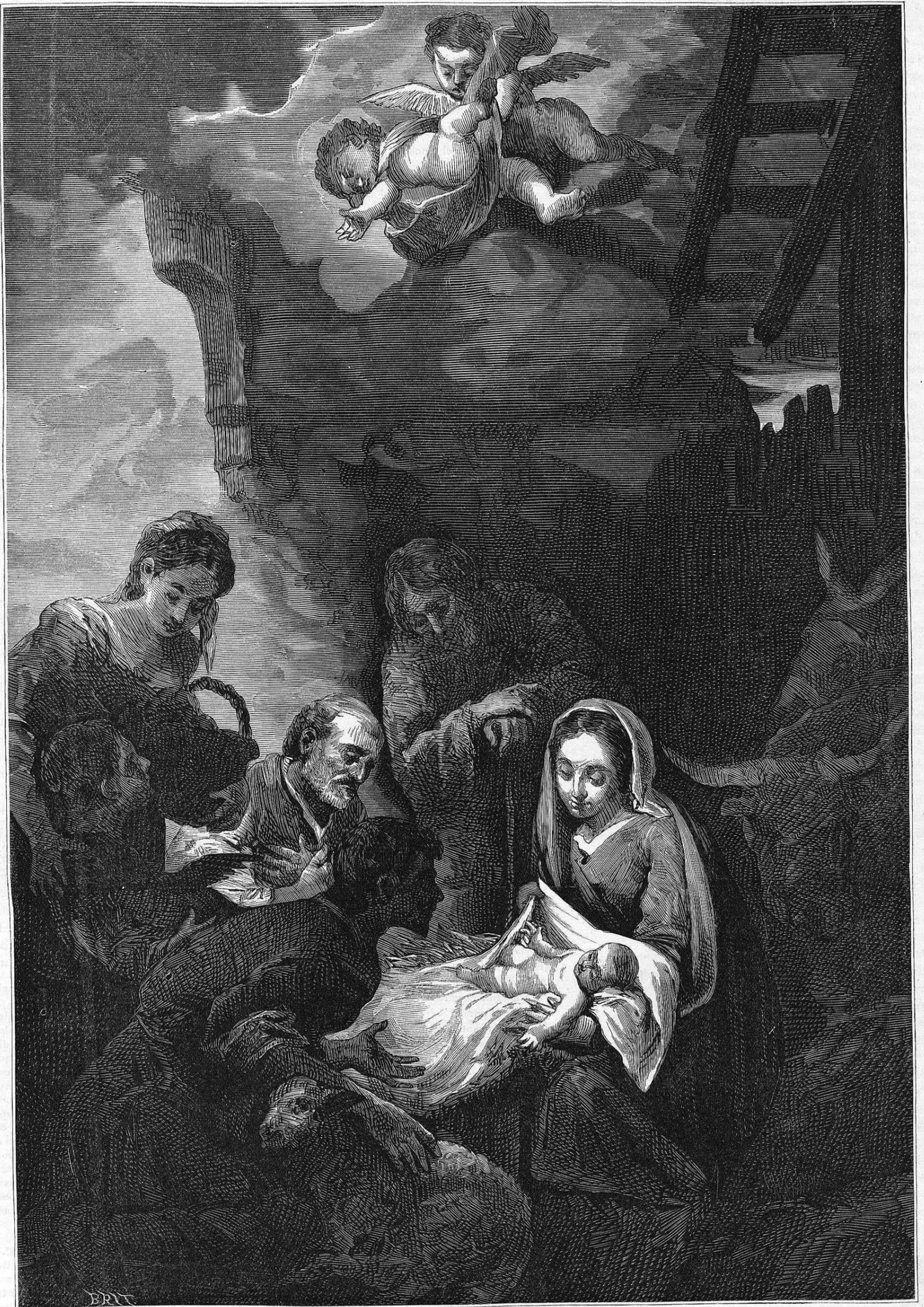
1

3

ICONISTICA DE LA NATIVIDAD.



R. Paris



LA NATIVIDAD, POR B. E. MURILLO.

MI NOCHE-BUENA.

I.

Hermana, hermana mía,
¡Pobre Dolores!
¡De mis años primeros
Isla de flores!

Luz que prestó á mi vida
Dicha sin tasa;

¡Rosa que vió en su patio
Mi antigua casa!

Aunque ocupas y llenas
De mi alma el centro,
Te busco en todas partes,
¡Y no te encuentro!!

Vuelven las mismas nieves,
Las mismas flores,
Suenan los villancicos
De los pastores.

Se oyen voces benditas
Por los espacios;
Se alegran las cabañas
Y los palacios.

¡Todo, todo lo invade,
Todo lo llena
Como en aquellos dias
La Noche-Buena!

De aquella ausente y pura
Nichez dichosa,
Nos separa un abismo:
¡La negra losa!

Ya no suenan tus pasos
En mi aposento;
¡Ya no formamos juntos
El Nacimiento!

Ya la estrella de oro
Que tú cortabas,
No pende del caballo
Que te arrancabas;

Ya no nos levantamos
Con la alegría
Que la *misa del gallo*
Nos ofrecía.

Tu sitio en nuestra mesa
Se halla desierto;
Hermana de mi alma,
¡Por qué te has muerto?

II.

¡Columnas de mi vida,
Regazo tierno,
Venerables ancianos,
Nido paterno!

En aquellas distantes
Verdes comarcas,
Fuisteis de mi inocencia
Los patriarcas.

Mis abriles lejanos
No comprendían
Que aquellas *noches buenas*
¡¡No volverían!!!

Bajo aquel mismo techo
Donde Dios quiso
Dar á nuestros amores
Un Paraíso,

¡Otra familia extraña,
Rica ó modesta,
Preparará esta noche
La misma fiesta!

Aunque iguales las plantas
É igual el nido,
¡Todo estará cambiado!!
¡¡¡Todo invadido!!!

¡Si hoy al nido volviera
Tal vez sería

Un huésped importuno
De la alegría!!

Animarán la lumbre
Santos cariños;
A su lecho más tarde
Se irán los niños;

¡Y al brillar los reflejos
De la mañana,
Buscarán golosinas
En la ventana!

Desterrado por siempre
De mi vivienda,
Me habeis dejado solo,
¡¡Solo en la senda!!
Y hoy que no hay una casa
Que no sonría,
Todas están abiertas
¡¡Méenos la mía!!

III.

¡Al quedar en el mundo
Sola mi alma,

En medio del desierto
Busqué una palma!

El cielo me dio un ángel
Que hubiera sido
Compensación colmada
De lo perdido.

¡Hijo del alma mía!
Luz y embeleso,
¡Que ni aún logré al lograr
Tu primer beso!

No soñé al recibirte
Mayor fortuna,
Y mezclaste á tu arribo
Sepulcro y cuna!!

Si hoy ante mí brillase
Tu faz serena,
¡Qué júbilo en la casa!
¡¡Qué Noche-Buena!!!

Cada rumor que anima
Montes y valles;
Cada tambor que suena
Por esas calles;

Cada niño inocente
Que cruza ufano,
Y con su padre tierno
Va de la mano,

Con un punzon de fuego
Mi pecho hiere,
Y siento la nostalgia
Del que se muere!!!

IV.

Único amante espíritu
Que por mí vela;
Mi regazo, mi escudo,
Mi alma gemela.

Hoy el *Niño* que nace
Nos asegura,
Que no lo extingue todo
La sepultura.

En los negros sepulcros
Abandonados,
¡También como yo tienes
Tus convidados!

¡Llamemos á sus losas
Con fe bendita,
Y verás como acuden
A nuestra cita!

Nos traerán desde el cielo
La Buena Nueva;
¡El rezo en nuestros labios
Allí nos lleva!

Llegarán á nosotros
Voces más puras;

¡¡¡También cantan los ángeles
En las alturas!!!

Y con la fe endulzando
Tan honda pena,
¡Verás que no es tan mala
La Noche-Buena!!!

ANTONIO F. GRILLO.

UN CANON

DE LA PRIMITIVA IGLESIA ESPAÑOLA SOBRE LAS
FIESTAS DE NAVIDAD.

El día 4 de Octubre del año 320, reunidos en Zaragoza San Febadio ó Fitadio, obispo de Agen, San Delfin de Burdeos y otros muchos de diferentes provincias de la península ibérica, decidieron por su canon IV, «que desde el 17 de Diciembre hasta el 6 de Enero, en que se celebró la Epifanía del Señor, asistiesen todos los fieles á la iglesia, y no se reti-

rasen á conciliábulos secretos, ni anduviesen descalzos afectando penitencia.» Este canon, que tan al vivo pinta la larga duracion y el inmenso júbilo con que al uno y al otro lado de los Pirineos se solemnizaban entónces las fiestas de Navidad, derrama no escasa luz sobre uno de los puntos más oscuros é interesantes de nuestra historia.

Sabido es, en efecto, que la herejía priscilianista, contra la cual iba directamente la parte prohibitiva del canon, había germinado tiempo atras en España con la savia gnóstica y maniquea, desprendidas, ésta del culto iranio de Mithras, y aquélla del culto egipcio de Sérapis. Formaba el núcleo de ambos cultos la adoracion del fuego, del sol y de los demas astros. Al sol estaba consagrado el primer dia de la semana (1); y en especial los sectarios mithríficos celebraban su nacimiento anual el dia 25 de Diciembre. Por esto, segun observa oportunamente San Leon Magno, tanto nuestro dia de Navidad, como nuestros domingos, eran fiestas de guardar para los priscilianistas, maniqueos y otros herejes; pero fiestas tan tristemente concebidas y en tal manera practicadas, que arrancando de la idea dualística, ocultasen las mayores infamias bajo el disfraz exterior de la maceracion y del ayuno (2).

La teoría dualística, distinguiendo dos principios primeros y absolutos, el del bien y el del mal, ó el de la luz y el de las tinieblas, atribuía á este último la creacion del mundo corpóreo. Consideraba todo cuerpo como esencialmente malo; negando, de consiguiente, que fuese verdadero el del Salvador, prohibiendo como perversa la obra del matrimonio, y legimitando en odio de la carne todo ultraje de la misma.

Nada tan fácil como demostrar el ancho cauce que se abrió en España esta estraña teoría; y una vez demostrado, nada tan útil como hacer ver el fuerte dique que le opuso la Iglesia Española con sus cánones sobre la celebracion de la Natividad de Jesucristo, segun la carne.

Asegura Sulpicio Severo que el origen primordial de la herejía priscilianista se debe buscar en Memfis; que largo tiempo serpenteó inadvertida, disimulando su realidad por estar organizada en secta secreta; y que al fin estalló, como hervidero volcánico, profanando las iglesias, conmoviendo profundamente todos los cimientos de la antigua civilizacion, y abriendo las puertas á la invasion de los bárbaros (3). San Jerónimo, evocando el testimonio de San Ireneo, describe valientemente el curso de este contagio, aportado del Nilo por el mago Márcos á las orillas del Ródano y del Garona, limítrofes de la Iberia primitiva; y cómo seduce á nobles matronas por medio del atractivo de las artes mágicas y de secretas abominaciones; y cómo se propaga, así con este medio como con la afiliacion de ricos y poderosos, por toda la extension de la Península (4). Los monumentos

(1) De aquí el llamarse todavía el domingo en inglés *sunday*, en alemán *sonntag*, etc.

(2) «Quarto autem capitulo continetur quod Natalem Christi... non vere isti honorant, sed honorare se simulant jejunantes eodem die, sicut et die Dominico, qui est dies Resurrectionis Christi. Quod utique ideo faciunt, quia Christum Dominum in vera hominis natura natum esse non credunt... cognatis suis Manichæis per omnia consonantes. Qui, sicut in nostro examine detecti atque convicti sunt, Dominicum diem... exigunt in mœnore jejunii; solis, ut proditum est, *reverentiæ* hanc continentiam devotent.» *Epist. XV, 4.* — Conforme á este capítulo de San Leon Magno, se acordó el canon IV del primer concilio de Braga: «Si quis Natalem Christi secundum carnem non bene honorat, sed honorare se simulat; jejunans in eodem die et in Dominico; quia Christum in vera hominis natura natum esse non credit, sicut Cerdon, Marcion, Manickæus et Priscillianus: anathema sit.»

(3) *Hist. Sacr.* II, 46.

(4) *Epist. LXXV, 3, Comment, in Isai. libr. XVII.* — Aquellos que como Girvés (*Histor. Priscillianistarum*, Romæ 1749, pág. 18) motejan á San Jerónimo de poco avisado en citar á San Ireneo, debían recordar que entre las obras del gran doctor de la Galia hay varias que no han llegado hasta nosotros, y fueron consultadas por el solitario de Belen.

arqueológicos hasta hoy descubiertos vienen á confirmar plenamente el sentir de San Jerónimo. Díganlo si no los famosísimos y realmente auténticos del *Cerro de los Santos*, que deben á los señores don Juan de Dios de la Rada y Delgado y D. Aureliano Fernandez Guerra ilustracion valiosa (1). A las lápidas ó epígrafes hispano-egipcios que esmaltan la coleccion de Hübner (2), podemos añadir el de Denia, en el cual el dios Ammon, *figurado por un carnero*, está esculpido sobre recuerdo funeral consagrado por Publio Ammon á su hijo Publio Statilio Africano, muerto en la temprana edad de catorce años, dos meses y trece días (3); y entre otros inéditos que omitimos por brevedad, el magnífico de Astorga dedicado á Sérapis, cuyo dibujo (4) verá el lector en la página última de este suplemento. Mide esta laja de piedra 29 por 42 centímetros. Su inscripcion griega y sus caractéeres son de la época de Macrobio, y opino deba leerse (5).

En el tímpano:

[Eῤα?] Ζεὺς Σέραπης

En la mano abierta:

Ἥλιος (6)

¡Ea! (grito báquico) ¡Júpiter Sérapis propicio!

Astorga, como sabemos por las actas de los dos primeros concilios toledanos y por otros documentos, fué el foco más ardiente de la herejía priscilianista; y cabalmente en Astorga encontramos la inscripcion (7), que muestra más á las claras el desarrollo que durante los siglos III y IV cobró el culto de Mithras, protegido por los gobernadores de España:

I . . O . . M

SOLI·INVICTO·LIBERO
PATRI·GENIO·PRAETORI
H·MAMIL·CAPITOLINVS
IVRID·PER·FLAMINIAM
ET·VMBRIAM·ET·PICENVM
LEG·AVG·PER·ASTVRIAM·ET
GALLAECIAM·DVX·LEG·VII·g. P. f
PRAEF·AER·SAT·PRO·SALVTE
SVA·ET·SVORVM

Coronaban esta inscripcion, desgraciadamente perdida, no tres enseñas militares, sino tres tirsos con su follaje de yedra, separados por dos medias lunas, alusivas á las orgías báquicas, alma de estos misterios. En otra inscripcion asturiana (8) suenan los altos grados de la que podemos llamar masonería mithriaca; y esta secta abominable, no solamente en el Norte de la Península, como ha demostrado Hübner (9), sino tambien por el Sur, como en Itálica (10) y en Jumilla, *cerca del Cerro de los Santos* (11), extendió las ramas de su organizacion tenebrosa.

Al papa español San Dámaso, que dilató en Oriente el esplendor de la fiesta de Navidad (12), uniformando su celebracion en todas aquellas iglesias para el día 25 de Diciembre, consolidándola en las occidentales

(1) *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia el día 27 de Junio de 1875.*

(2) *Inscriptiones Hispaniae latinae.*

(3) *Memorias de la Sociedad Arqueológica Valenciana*; Valencia 1877; lám. 3.^a, fig. 3.^a

(4) Calcado sobre el vaciado en yeso que posee don Aureliano Fernandez Guerra.

(5) Una copia, remitida desde Leon (en cuyo Museo provincial se conserva el monumento) á D. Juan de La Rada, expresa claramente Ζεὺς ántes de Σέραπης. La laja se descubrió poco há en las inmediaciones y al Occidente de Astorga.

(6) Acaso Ἥλιος [Ἥλιος?] esté por ἥλιος (sol), tercera divinidad del triángulo místico, simbolizada por la mano abierta en actitud de bendicion y soberanía.

(7) Hübner. 2634.

(8) Hübner. 2705.

(9) Hübner. not. ad 807.

(10) *Memoria de la Soc. Arq. Valenciana*, lám. 3.^a (cit.), fig. 1.^a

(11) Hübner. 3547. Esta inscripcion todavía existe. La estacion itineraria no muy distante *ad Leones* es tambien muy significativa.

(12) Cf. San Juan Crisóstomo, ap. MIGNE *Patrol. græc.* XLIX, 362.

desde Tracia hasta Cadiz, que la celebraban aquel dia desde la edad apostólica (1), y que la puso como señal de extirpacion de todas las herejías (2), se debe la unidad calólica que sancionaron para todo el imperio Teodosio el Magno y sus colegas Graciano y Valentiniano (3). A instancias de San Dámaso, Gracco, siendo prefecto de Roma en el año 378, demolió, rompió y destrozó, segun frase de San Jerónimo (4), el Mithréo capital ó cabeza de todos los demas del orbe. Igual suerte hubo de tocar al Serapéo de Alejandría y al templo que se levantaba en el *Cerro de los Santos*. Reuniéronse frecuentes concilios en toda la cristiandad (5) para definir el dogma, depurar el rito y asegurar la disciplina. Ya hemos visto el primer acto sinodal contra la herejía priscilianista, la cual, herida en la cabeza por los Padres reunidos en Zaragoza, se arrastró como en retirada hasta un siglo despues, pereciendo en la oscuridad é ignominia. No sucumbió, como algunos pretenden, por injusta opresion ó á sanguinarias manos de la Iglesia, puesto que la Iglesia siempre aborreció el derramamiento de sangre, *quæ abhorret a sanguine*, como dijo San Leon Magno, juzgando este mismo hecho. Cedió, sí, y sucumbió ante los torrentes de luz que los doctores ortodoxos y los concilios y el romano Pontífice derramaron sobre la doctrina de la Encarnacion del Hijo de Dios, y que comunicaban al pueblo fiel, mayormente en las fiestas solemnísimas de su Natividad, segun la Carne. Eco de aquellas enseñanzas son los himnos hermosísimos de San Ambrosio, de nuestro Prudencio y de otros Padres, que conserva aún nuestra liturgia y que cantaba entonces á coro el pueblo velando á media noche *en la misa del gallo*, é imaginando estar junto al pesebre Betlemítico en compañía de los pastores excitados por el Ángel, ó de monarcas guiados por la estrella de Oriente.

FIDEL FITA.

LA NOCHE-BUENA DEL VICIO

Miéntas en calles y casas
Alegre la gente vela,
Bien al son de la vihuela,
Bien al amor de las brasas;

Alguien hay que de su sino
Reniega desesperado
Por no haber á tiempo hallado
De la virtud el camino.

Y hacen bien los que en su afan
Su conducta vituperan,
Que acaso en su hogar le esperan
Hijos que le piden pan.

Por eso cuando á deshora
Lleva el eco á sus oidos
Cánticos enronquecidos
Y música atronadora,

En su loco frenesí
Clama con dolor profundo:
«¡Noche buena para el mundo!
¡Noche triste para mí!

Cruza veloz y callada
Sin profundizar mi herida
Ó haz que se extinga mi vida
Con tu postrer carcajada.

Noche eterna fué mi suerte
Y es justo que el varon fuerte
Me compadezca ó reproche,
Porque no tiene esta noche
Más aurora que la muerte!»

MANUEL DEL PALACIO.

(1) MIGNE, *ibid.*

(2) *Epist. Synod. ad orientales*, ap. MIGNE, *Patrol. lat.* XIII, 350.

(3) Ley del 28 de Marzo del año 380, segunda del Código Teodosiano.

(4) «Quam præfecturam gereret urbanam (Gracchus) »spelacum Mithræ et omnia portentosa simulacra, quibus »Corax, Griphus, Miles, Leo, Perses, Helios, Bromios, »Pater initiantur, subvertit, fregit, excussit.» *Epist.* CVII.

(5) Entre ellos el de Constantinopla, ecuménico, segundo (año 381).

LA NOCHE-BUENA EN CATALUÑA.

I.

El que, como el autor de estas líneas, no vive ya de esperanzas sino de recuerdos, tiene siempre algo que contar para deleite ó enseñanza de la juventud.

En la época á que mis recuerdos se remontan, Barcelona vivía estrechamente encerrada, aprisionada mejor, detras de sus murallas y contra-murallas, de sus fosos y contra-fosos, de sus reductos, empalizadas, torreones y puentes levadizos, lo cual le daba todo el aspecto de un gran castillo feudal. Y como era ciudad que desde antiguo tenía fama por el carácter bravo y levantisco de sus habitantes, noblemente afectos á conservar las honradas liberales tradiciones de sus mayores, á un lado veía alzarse la ciudadela y el Fuerte Pio, al otro Monjuich, y, en ambos extremos de su celebrada Rambla, Atarazanas y Canaletas, fortalezas todas erizadas de cañones apuntados siempre á la ciudad.

No pueden formarse idea de lo que era Barcelona aquellos que hoy la ven extenderse y llegar hasta las vecinas montañas por medio de anchas calles é inmensas y suntuosas barriadas de casas y palacios. Era campo todo lo que hoy es ensanche y nueva Barcelona. Desde la ciudad antigua hasta la *Bona Nova*, hasta el mismo *Tibi Dabo*, hasta las ruinas del antiguo palacio de *Bell Esguart*, castillo un dia de los condes de Barcelona, hoy puede irse en traje de visita, cómodamente, por espaciosas y ordenadas calles que las tiendas animan, que las casas embellecen y que el gas alumbrá. En otra época una excursion al *Tibi Dabo* era un viaje, y un viaje peligroso á veces.

Como su fisonomía, Barcelona ha cambiado tambien sus costumbres.

Ignoro si alguna de las que voy á recordar conserva todavía; pero allá, cuando yo era jóven, el dia de Noche-Buena y los cuatro que le precedían, lo eran de júbilo, de fiesta, de animacion y gozo para la que entonces se llamaba ciudad de los condes. La poblacion entera se vestía de gala, convirtiéndose en una vasta feria. Desde la Puerta Nueva á la de San Antonio, desde los portales del Mar hasta el puente levadizo del Angel, ya hoy desaparecidos, todo era vida y bullicio, movimiento y ruido; era aquello una gran exposicion y un inmenso mercado en que todo se manifestaba y se vendía todo, desde la labor más rica y la joya de más precio, hasta el más toscó cacharro y el más humilde utensilio.

La multitud elegante, el buen tono barcelonés, se dignaba embellecer con su presencia el glacis de la ciudadela, donde estaba el gran mercado de los pavos, y donde era tambien clásica y tradicional costumbre trasladar desde el día de Santo Tomás el paseo que en las demas festividades del año pertenecía por derecho inconcuso á la Rambla ó á la muralla del Mar. Las tiendas se presentaban deslumbradoras de lujo y buen gusto, y rivalizaban entre sí para ofrecer y ostentar mejor á los ojos de los paseantes sus géneros y productos, las obras admirables del arte y de la industria.

En las plazas de San Jaime y del Angel se colocaban los puestos de loza y cristalería; las estrechas y tortuosas calles de la Bocaria y del Call, ocultaban los vetustos muros de sus antiguos y venerables edificios tras las extensas colgaduras de blondas, telas, trajes, pañuelos, cintas, adornos, todo con gusto y artísticamente entrelazado; la calle de la Platería aparecía deslumbrante de oro y plata; en la plaza de Santa María estaban las tiendas y cajones de juguetes; todas las demas calles y plazas se presentaban tambien de feria y de mercado, y era de ver, por entre la muchedumbre que lo invadía todo, cómo cruzaba, despierta y alegre, la airosa *payesa del plá* con sus sayas semi-cortas, sus pulidas chinelas, su pañuelito de anticueles y la inseparable cesta de mimbrés á su desnudo y contorneado brazo.

Llegaba á todo esto la víspera de Navidad, y con este día terminaba la feria, que iba á morir, durante la velada, en los mercados del Born y de la Bocarria con la venta de comestibles para el día siguiente, en el cual estos mercados aparecían cerrados, á fin de que la fiesta pudiese ser completa.

En la época á que alcanzan mis recuerdos, quedaban aún reminiscencias de más antiguas usanzas, de aquella época en que la Pascua de Navidad era anunciada por alboradas de puerta en puerta, al son de tamboriles y violines, durando esto todo el mes que precedía al aniversario del Natalicio del Señor.

Con la Noche Buena espiraban los odios y rencillas de familia, que se reunía fraternalmente alrededor de la mesa, presidida por el más anciano; y á esta costumbre hace referencia una copla de cierta antigua canción popular que dice, traducida del catalán al pié de la letra:

«Y si hoy los odios le mueven,
sus odios se extinguirán,
que ya viene á hacer las paces
la noche de Navidad.»

En estos días se hacían grandes distribuciones de pan á los pobres, y estos hallaban su sitio señalado junto al hogar de la casa; cada familia amasaba su parte de pan para los indigentes, y, durante cuarenta días, cierta cantidad de carne era enviada á los hospitales por las familias más distinguidas.

Mientras que por un lado velaba la caridad, el interior de cada hogar ofrecía la imagen de la más perfecta unión.

Recuerdo perfectamente una antigua familia de menestrales catalanes, en cuya casa la cena de Noche Buena era una verdadera solemnidad. La mesa, colocada ante el hogar, se cubría con tres servilletas, que figuraban la Santísima Trinidad, y trece panes, uno mayor que los otros, quedaban colocados alrededor de la mesa con una rama de mirto cada uno, en memoria de Jesucristo y de sus doce apóstoles. El enorme leño que alimentaba el hogar representaba también á Jesucristo, y el vino, con el cual el más anciano de la familia rociaba el leño antes de sentarse á la mesa, significaba la multitud de nuestras iniquidades que debían ser consumidas en el fuego de la caridad.

Durante aquella noche clásica no cesaban ni un momento en las calles la animación y el ruido de tamboriles y gaitas, y á la una de la madrugada, con extraordinaria y no siempre ciertamente respetuosa concurrencia, se cantaba la llamada *misa del gallo*, donde empezaban los organistas á usar de la libertad que se les toleraba hasta el ida de Reyes, de tocar en el órgano, durante el oficio mayor, cuanto les venía en gana, desde la composición más solemne de música religiosa hasta la gaita gallega y el fandango.

II.

Entre los solemnes y piadosos recuerdos que las épocas pasadas nos legaron, hay algunos cuya práctica ha sido religiosa y escrupulosamente conservada. Así es como el aniversario de la Natividad de Jesús ha atravesado los siglos, embellecido con su aureola de poéticas y cristianas leyendas.

En aquellos pueblos — y por fortuna es uno de ellos Cataluña, — en que la fe vive todavía sagrada y pura, el solo recuerdo de esta festividad alegra el corazón, y todo cuanto á ella se refiere es motivo de júbilo y de dichas. Muchas son las familias que en

semejante día se reúnen y congregan junto á la mesa paterna. El anciano padre, al bendecir la mesa, bendice también á todos sus hijos, á todos los miembros de la familia junto á ella congregados.

Al acercarse el día de Navidad, el anciano se rejuvenece, se acuerda de sus primeros años y sonríe al niño, que se estremece de placer.

Y esto sucede, no sólo en un pequeño rincón de la tierra, sino en todas partes donde el cristiano ha plantado la cruz del Salvador del mundo. Desde el pueblo más civilizado hasta el más bárbaro se repiten los mismos cantos, los mismos rezos que con tanta majestad resuenan este día bajo las bóvedas de nuestras basílicas, y que con tanta sencillez se oyen en la humilde gruta donde el misionero, rodeado de los salvajes que ha catequizado, ofrece á Dios el santo sacrificio.

El día de Navidad se celebra en diversas comarcas conforme á tradicionales usos, pero acaso en ninguna con sello tan característico, ni con sabor tan religioso y local como en la provincia de Lérida y en su comarca de Urgel. En estas ceremonias tienen

para los azares y peligros de una gloriosa lucha; allí es donde echó los cimientos de su raza y de su casa aquella batalladora prole de los condes de Urgel, que tantas páginas de gloria debía llenar en nuestros anales, y que tan alto había de remontar su vuelo, para después ir á terminar desastrosamente, con su último heredero D. Jaime *el desafortunado*, en los insanos calabozos del castillo de Játiva.

La leyenda caballeresca, la canción popular, la crónica tradicional, embellecen todos los recuerdos de la leridana comarca de Urgel. El día de Navidad, que aún hoy se celebra de la manera que he de contar luego, recuerda una singular costumbre, que los antiguos caballeros tenían en gran honor, y que los condes de Urgel introdujeron en Cataluña, tomándola de Provenza, cuyos gloriosos anales relatan á cada paso valiosas hazañas de aquella ilustre familia catalana, tan popular á orillas del Duranza como á orillas del Segre. La costumbre de Navidad á que me refiero, es la llamada *Ceremonia del pavo*.

El pavo, lo mismo entonces que ahora, figuraba como parte principal en los banquetes de Navidad; sólo que daba lugar á una especie de ceremonia que hoy se encontraría perfectamente ridícula, y que entonces era grande y solemne, por la fe de aquellos buenos y piadosos caballeros. El día de Navidad, el pavo, considerado en la Edad Media como un ave noble y como un manjar exquisito y delicado, era servido en la mesa de los altos barones con un refinamiento de lujo y de ceremonias, que atestiguaban el precio y la estima en que era tenido. No sólo aparecía en la mesa vestido de flores y lanzando por el pico una brillante llama, sino que el cuidado de servirle estaba reservado en semejante día á la dama del castillo.

Entraba ésta en el comedor precedida de dos pajes que la anunciaban, y seguida de escuderos con antorchas. Todos los convidados se ponían de pié, y la dama iba á depositar el pavo, que llevaba en una bandeja de plata ó de oro, ante el señor del castillo, ó bien ante algún huésped ilustre que se hallase en el banquete.

El huésped, honrado con esta elección, debía cortar el pavo con bastante destreza, para que todos los presentes pudiesen recibir su parte. Esta operación se llevaba siempre á cabo en medio de aplausos y plácemes dirigidos al caballero que trinchaba, y relativos á sus pasadas proezas, á los hechos de armas que le dieran nombradía.

El caballero, en cuanto ya tenía trinchado el pavo, se levantaba, extendía solemnemente la mano sobre el plato, y prestaba el juramento de merecer mayores plácemes aún, ya fuese conquistando la palma en algún torneo próximo, ya ofreciéndose á plantar el

estandarte de su rey sobre los torreones de una villa que se proponía asaltar, ya asegurando que en la primera refriega había de ser quien diera el primer bote de lanza, ya comprometiéndose á sostener como la más perfecta, contra cualquiera que lo contrario mantuviese, la belleza sin rival de tal ó cual dama, etc.

Para el voto se servía de esta fórmula consagrada:

—*Juro á Dios, Nuestro Señor, á la Virgen Santa, á las damas aquí presentes y al pavo, hacer tal ó cual cosa.*

VICTOR BALAGUER.

(Se continuará.)

MADRID.—Tipograf.-Estereotipia PEROJO
Mendiábal, 64.



EX-VOTO DEDICADO Á SERAPIS.

las mujeres una parte muy principal, y ellas son el alma de la fiesta.

Es nesario decir primero, para aquellos que lo ignoran, que el Urgel es en Cataluña la comarca de la fe, de la caballería, de la tradición y de la poesía. En su fortaleza de la Seo es donde comenzaron su heroica y homérica lucha los independientes que, palmo á palmo y pico á pico de sierra, iban reconquistando á los árabes el territorio catalán. Allí, en la Seo de Urgel, resguardados por la aspereza de los montes y natural fortaleza del sitio y castillos que se edificaron, fué donde los nueve *varones de la fama*, tan renombrados en las crónicas catalanas, comenzaron la guerra de la reconquista; allí es donde dejaban á sus mujeres é hijas cuando ellos partían